





CARNE
AL SOL
CUENTOS DEL ESCRITOR
NICOLÁS OLIVARI.



QUE INCLUYE:
EL INEVITABLE PRÓLOGO
REVELACIÓN
UN FESTÍN EN EL BAJO BELGRANO
LA CAÍDA
EL DESCENSO...
LA BIEN PLANTADA
RESURRECCIÓN IMPOSIBLE
SOL DE MEDIODÍA
EL VERDADERO ENCANTO DE LA BOHEMIA
GLOSA DE UN AMOR QUE NO TUVE

Y PERTENECE A LA COLECCIÓN PINGÜE PATRIMONIO

EL 8vo. LOCO
EDICIONES

Olivari, Nicolás

Carne al sol / Nicolás Olivari; con prólogo de Ana Ojeda -1a. ed.-
Buenos Aires: El 8vo. loco, 2009.

96 pp.; 20 x13 cms - (Pingüe patrimonio. Tercera zona; 4)

ISBN 978-987-24885-0-5

1. Narrativa Argentina 2. Cuentos I. Ojeda, Ana, prolog.
CDD A863

Diseño de tapa e interiores:

LU - *grafica@el8voloco.com.ar*

© El 8vo. loco ediciones
Buenos Aires - Argentina

WWW.EL8VOLOCO.COM.AR

info@el8voloco.com.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

NICOLÁS OLIVARI

Nació el 8 de septiembre de 1900 en Buenos Aires, cuarto hijo de Carmen Canale y Juan Bautista Olivari, llegado al país alrededor de diez años antes como capitán de ultramar contratado por la Compañía Argentina de Navegación Mihanovich Ltda. Vio transcurrir su infancia en el barrio de Villa Crespo. Cursó el secundario en el Colegio Nacional “Nicolás Avellaneda”, en el que fue compañero de Lorenzo Stanchina, con quien hacia 1920 integró un grupo literario en el que también participaron María Luisa Carnelli y los hermanos Enrique y Raúl González Tuñón. Con Enrique, Nicolás establecería una relación de amistad que duraría toda su vida.

Primero y antes que nada poeta, Olivari fue asimismo un prolífico cuentista. Incursionó también en el ensayo, las estampas y la novela. Se ganó la vida como periodista de *Crítica*, *Noticias Gráficas* y *El Mundo*, entre otras publicaciones. Por lo general, cubría noticias del mundillo literario y muchas veces viajaba al interior del país enviado por ellos en calidad de corresponsal. Escribió radionovelas para Radio Belgrano, fue traductor del italiano y del portugués, letrista de tango, guionista cinematográfico. También pintor.

A principios de la década del sesenta, se embarcó en el *Conte Rosso* rumbo a Italia. Iba en busca de Zoagli, *paesino* cercano a Génova, cuna su padre. Saldada esa deuda, Nicolás Olivari murió en Buenos Aires, el 22 de septiembre de 1966.

SU OBRA

- 1922 *Carne al sol* (cuentos). Buenos Aires: s/d.
- 1924 *La amada infiel* (poesía). Buenos Aires: Modesto H. Álvarez; *Manuel Gálvez. Ensayo sobre su obra* (en colaboración con Lorenzo Stanchina). Buenos Aires: Agencia General de Librería y publicaciones.
- 1926 *La musa de la mala pata* (poesía). Buenos Aires: Martín Fierro.
- 1929 *El gato escaldado* (poesía). Buenos Aires: Gleizer.
- 1933 *El hombre de la baraja y la puñalada. Estampas cinematográficas*. Buenos Aires: Gleizer; *La mosca verde* (cuentos). Buenos Aires: Tor.
- 1938 *Diez poemas sin poesía* (poesía). Buenos Aires: Destiempo.
- 1946 *Los poemas rezagados* (poesía). Buenos Aires: Llosibol & Midedogapa.
- 1952 *La noche es nuestra* (cuentos). Buenos Aires: Borocaba.
- 1958 *Los días tienen frío* (poesía). Buenos Aires: Brenda.
- 1959 *Un negro y un fósforo* (cuentos). Buenos Aires: Trenti Rocamora; *El almacén. Novela parroquial de Buenos Aires*. Buenos Aires: Tirso.
- 1964 *Pas de quatre* (poesía). Buenos Aires: Trenti Rocamora.
- 1966 *Mi Buenos Aires querido. Crónicas y estampas*. Buenos Aires: Jorge Álvarez. (Publicación póstuma.)

“JOVEN, INSOLENTE Y CON FLEQUILLO”:
LA NARRATIVA DE NICOLÁS OLIVARI

Yo me lanzo solo.
N. Olivari (1922)

El inevitable prólogo. De padre marino (nacido en Zoagli, Italia) y madre terrícola –como diría años más tarde otra gloria de la literatura sudamericana–, Nicolás Olivari ingresa al campo cultural que le es contemporáneo confiado en el aguante de sus pulmones, sabiendo que no lo quieren allí y que, por lo tanto, tendrá que luchar con prepotencia para delimitar –primero– un lugar del cual apropiarse y –segundo– para ocuparlo. Consciente y de costado, podríamos decir, con el hombro crispado y la espalda en tensión, espera los topetazos que guardan para él los orondos señorotes apoltronados con comodidad en la palestra literaria del momento: “Yo me lanzo solo, sin prólogos ni palabras liminares de nadie, ni sonetos donde me elogien [...]. Ni me presento como fenómeno, cabezón o hirsuto, que ya a los diez años escribía dramas, según el prólogo que falta, ni me presento dado de la mano con ningún contemporáneo ilustré” (29).¹ Llama la atención la declaración que explicita su voluntad de prescindir de padrinos que lo respalden. Si bien luego

1. El número entre paréntesis remite a la página de la presente edición. Todos los subrayados me pertenecen, salvo aclaración explícita en contrario.

no la cumple (ya que poco más adelante se anudará a la “discreta celebridad” de Lorenzo Stanchina [30]), lo importante es la declaración en sí. Si ésta por un lado lo ubica en el grupo de quienes no desean perpetuar el *statu quo*, por el otro deja asentado que pretende que reconozcan su valía en tanto escritor. Es decir: reivindica su lugar marginal, pero lejos está de resignarse al anonimato. Tiene 22 años y ha llegado para hacerse oír: este primer texto de su carrera (que llegará a ser larga y fecunda) termina con una breve –pero no por eso menos importante– disertación acerca de lo que es en su opinión la literatura. Aquí pone sobre la mesa varias concepciones que mantendrá en sus obras posteriores. Para empezar, la literatura no es sino testimonio de algo que queda fuera de ella. En este sentido, concuerda con “el sutil Anatole”, que afirma: “En cada obra de arte está sólo la persona del autor” (ibíd.). Dado que el autor no puede sino existir en un tiempo y un lugar determinados, de esta afirmación se desprende que no existe –para Olivari– posibilidad de una esfera autónoma para el arte. El arte por el arte, por lo tanto, es para él impensable. Más bien, se trata de un arte que posee especificidad propia (es posible valorar su calidad de acuerdo con parámetros que le son particulares), pero que se encuentra siempre e indefectiblemente ligado a algo que le es exterior, que lo excede (el autor, en la frase de Anatole). Esta posición, que hoy podría pasar desapercibida para un lector acostumbrado a las drásticas exploraciones de un arte cuya definición va muy a la zaga de las expresiones que lo conforman (desde la automutilación con fines estéticos a la *performance*), fue en su momento de una soberbia explosiva.² Con ella, Olivari no sólo carga contra todo “escritor académico y adocenado”, a quienes acusa de “velar la verdad”, es decir, de trampearla, oscurecerla, cambiarla, deformarla; además se distancia de aquellos narradores incapaces de intimar la realidad “en un símbolo, en un alto idealismo estético” (ibíd.). Y si por un lado busca “turbar la

2. Conviene no pasar por alto, en este sentido, que en la dedicatoria del libro Olivari, con un rápido movimiento de muñeca, se equipara nada menos que con Cervantes.

digestión a los pazguatos" (31) (no como Martínez Zuviría, a quien titea abiertamente), tampoco considera que la realidad —la suya, al menos, la que le interesa literaturizar—, pobre, cruda y triste, deba ingresar sin un trabajo estético de mediación en el plano del arte. Esto basta para caldear los ánimos de quienes frecuentaron la calle Boedo, grupo que pronto le quedó estrecho: "Me alejé porque el clima no me sentaba. La sensibilidad climatológica de Boedo, no admite grados. Hay que estar en el polo. Castelnuovo es el Amundzen del realismo. [...] Yo no estoy ni en Boedo, ni en Florida, ni en los paños tibios que aconseja Arturo Cancela" (Olivari: 21/07/1925).³ Si bien con los años publicaría algunos poemas en el periódico *Martín Fierro*, difusor de Florida, resulta asimismo imposible asimilarlo a ese grupo, debido a que las formas de entender el arte y, en particular, la literatura que tenían uno y otros diferían por completo. De esta manera, si por un lado el desafiante gesto olivariano de considerar las propias carencias (de cultura, de prosapia y, en definitiva, de dinero) como base de una mirada nueva y original lo aleja de —e irrita profundamente a— los señoretas de Florida, por el otro lo acerca a un conjunto de escritores que como él se balancearon entre los grupos que se disputaban la hegemonía de la escena literaria, al tiempo que desarrollaban una literatura anclada en la categoría de lo grotesco.⁴ Estos escritores, entre los que se cuentan los dos Robertos (Arlt y Mariani) y Enrique González Tuñón, entre otros, resultaban particularmente insidiosos para los floridistas porque, lejos de circunscribirse a la degustación de la literatura rusa —bandera agitada con vehemencia por

3. Arturo Cancela propuso fusionar los nombres de los dos grupos —que nucleaban una parte importante de los escritores jóvenes del momento—, Boedo y Florida, sugiriendo la denominación de "Escuela de la calle Floredo" (Schwartz 1991: 546). Para una explicación razonada y exhaustiva de esta cuestión, véase la "Primera entrada" de Carbone (2007).

4. Para una argumentación detallada de las características de esta "tercera zona" de escritores, véanse Ojeda y Carbone (2006a, 2006b, 2008a y 2008b) y Carbone (2007).

los catecúmenos de Boedo—, se permitían lecturas que eran las de los propios martinfierristas (Anatole France, en este caso), a partir de las cuales, sin embargo, compaginaban una literatura poderosamente inserta en su tiempo, nacida de las problemáticas que la inmigración europea al Río de la Plata trajo consigo. Los escritores de la tercera zona lograron, así, dar cuenta de manera cabal del momento histórico que les tocó vivir, ubicándose igualmente lejos de los melancólicos suspiros borgeanos (en cuyos poemarios Buenos Aires, lánguida como una solterona en espera, es una ciudad en la que no se encuentra huella alguna de la atropellada turbamulta inmigrante)⁵ como de las sobrepujadas exageraciones que pueblan los textos canónicos del boedismo.

Recapitulando: este primer texto inaugural le sirve a Olivari para posicionarse claramente en un lugar *otro* respecto de los nucleamientos existentes en su época (Boedo, Florida, los “grandes nombres”). Al mismo tiempo, reclama como propio el deseo de “abrirse cancha” en el plano literario, desentendiéndose del hecho de que no proviene de las clases tradicionalmente dedicadas a esos menesteres. Olivari escribe *Carne al sol* para *épater les bourgeois*, revolver las aguas de un mar que siente demasiado tranquilo. Así lo declara en este prólogo. Para lograrlo, elige una temática que por entonces era feudo exclusivo de las novelas por entregas para mujeres: el erotismo. Se encarga de aclarar, sin embargo: “Temo que se me compare con algún erótico cursi, de esos editados por el señor Caro Raggio” (30). Y, en efecto, el erotismo olivariano poco tiene de refinamiento aparente y ridículo. “Un festín en el bajo Belgrano”, por ejemplo, presenta una microsociedad que refleja como un espejo (es decir, invirtiéndolo) el funcionamiento del “Belgrano aristocrático y burgués” (49). Considerable en este cuento resulta la perspectiva del narrador, que integra lo desagradable y lo bello con facilidad y sin estridencias. En medio de la inmundicia que sale “del estómago de la ciudad” (45) habitan “veinte o

5. Para un análisis de distintas imágenes literarias de la ciudad de esos años, véase Carbone (2007-2008) y *Astuta urbanidad. Paseo de los Buenos: Aires anarcos*, ensayo de próxima aparición.

treinta, todos rotosos, idénticos en mugre y en viscosidades" (ibíd.). En esa tribu conformada por atorrantes pringosos se encuentra Marisarda, "la flor, exangüe y misérrima, como que surgía de ese costal de inmundicia, pero flor al fin" (46).⁶ Su figura pondrá en evidencia el hibridismo grotesco (construido sobre la base de la coexistencia de contrarios) que anima este cuento y da vida a su erotismo duro. En efecto, Marisarda es bella, a pesar de la suciedad, a pesar de que la ropa que viste le queda grande: "en los trechos que la tela se desgarraba, adivinábase la piel, cálida y contráctil, muy blanca, *igual a la de una paloma perpetuamente en celo*" (47). Con esta última imagen, Olivari anuncia con desembozo el *ars poetica* que, como un hilo rojo, atravesará toda su obra: la paloma (metáfora que, aplicada a la mujer, alude a su pureza, a su virginidad), aquí aparece *perpetuamente en celo*, es decir, fundiéndose en un abrazo de hierro con su opuesto. Virginidad y deseo sexual forman, así, una única unidad –doble– que da cuenta de la situación bivalente de Marisarda. Libre, "no se sujetaba al sistema decantado, al atorrantismo, cuyas reglas epicureístas regían la minúscula colonia" (ibíd.). Marisarda es una rebelde, pero una rebelde que sufre calladamente las imposiciones que la microsociedad en la que vive carga sobre ella: "no se quejó... ¿Para qué? *Sólo sus ojos llenos de mansedumbre bovina*, ausentes y lejanos al tiempo y al lugar, parecían seguir los ecos de la canción interrumpida" (49). Rebelde y mansa a un tiempo, Marisarda es la primera de la larga lista de putas que le fascinará componer a Olivari. Y si el desarreglo aparente en que viven los atorrantes le impone al lector una distancia exagerada, pronto el narrador se encarga de aclarar que no hay –en realidad– tal lejanía: "Curiosa forma de vida en común, *tan idéntica en el fondo a la ciudad civilizada*" (48).

6. Nótese que el nombre "Marisarda" es en sí mismo una mezcla en la que conviven elementos heterogéneos (nombre propio/ toponimia): "contracción de María y de un lugar. Nada más sugestivo que ese nombre que ligaba a un ser con un paraje remoto y casi ignoto. La Cerdeña azul" (47).

La turba que puebla el bajo Belgrano se revela como el reflejo deformado del “Belgrano aristocrático y burgués” que “a cien metros de allí, no soñaba siquiera en aquel brutal festín de carne humana” (49). En este punto, conviene hacer pie en las palabras de Carbone, quien afirma:

El corpus integrado por las obras mencionadas [las de la tercera zona, en la que se inscriben las olivarianas] lleva adelante una “nueva literatura” porque incorpora un gesto inédito hasta ese entonces: *transfiere la realidad conocida sobre otro plano de valores*. Estos textos someten su referente a un nuevo tipo de representación, que no procede por analogía, aproximación o imitación, sino por *degradación*, y que sin embargo es capaz de reorganizarlo, individualizarlo y caracterizarlo. [...] Lo mapeado nos intranquiliza [...]. En lo representado se trasluce nuestro mundo, pero su puesta en escena encierra un margen de incertidumbre: nos encontramos frente a una realidad inédita (2007: 119-120).

Es lo que sucede aquí. Olivari se detiene sobre “la turba, astrosa, mugrienta y paupérrima” (48) para dejar en evidencia los puntos de contacto que existen entre ella y “la ciudad civilizada” (ibíd.), construyendo —de paso— una urbe que es la suma de dos opuestos (bajo Belgrano/Belgrano aristocrático y burgués) y una microsociedad “donde se revolvían veinte dialectos” (45):⁷ la joven mujer pública en la que “despuntaban el ansia lúbrica los catorce años de los apenas púberes y [...] su última masculinidad los de sesenta” (48) vino, en algún momento ya olvidado, de allende el océano.

Inmigración y pobreza preparan el brutal final del cuento. Marisarda, mansa como un animalito, aguanta el ultraje de una violación colectiva sin decir palabra. Esta escena cierra un cuento que es de por sí áspero, duro, y confirma las decisiones estéticas que lo sostienen: no hay aquí nada políticamente correcto. Los pobres ni son buenos, ni son bellos en sus carencias, ni pueden recuperarse para ingresar en la estructura social. Muy cercanos a su instinto, los in-

7. Esta última, además, es pura mezcolanza: “todo revuelto, todo hacinado, basuras, seres y bestias” (46).

tegrantes de esta sociedad paralela son casi animales con el don del habla. Y al que quiera desembarazarse del asco circunscribiendo el abuso del indefenso al funcionamiento de una comunidad que no es la propia, pronto se le aclara: "El vicio cambiaba de pelaje, y *de dorado y lujoso como ostentaba su cetro en la ciudad monumental, se subalternizaba plebeyo*, haciéndose asqueroso por dentro y por fuera y por fuera al revés de su forma habitual entre los hombres, sucio por dentro" (ibíd.). El bajo Belgrano también somos nosotros.

Dos son las temáticas que se presentan tempranamente en este cuento y que luego reaparecerán con sagaz obstinación en la obra posterior de Nicolás Olivari: el deseo sexual (unido inexorablemente a la figura de la prostituta) y la problemática de la inmigración (relacionada, no es extraño, con la pobreza). Vale la pena destacar, asimismo, el tratamiento grotesco que se hace de ambas y funciona a base de mezcla de contrarios con un fin de crítica a la sociedad que fuera el contexto vital del autor. Frente a la despreocupación coqueta exhibida en *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* –aparecido el mismo año que *Carne al sol*–, del que podríamos quedarnos con el verso que reza: "La vida aquí es urbana y es simple" (Girondo 1999: 23) referido a Buenos Aires, la propuesta olivariana azora por su radicalidad y por la agresividad con que impacta –aun hoy– en el lector. Por su potencia rupturista, porque existe una distancia significativa respecto de las prácticas literarias que estaban en boga en ese entonces (Boedo, Florida, grandes nombres ilustres), corresponde hablar de la "tercera zona" en tanto "verdadera" vanguardia literaria del poscentenario.

Siguiendo las huellas del deseo sexual –temática que recorre esta antología de punta a punta, tal como queda expresado sintéticamente en su título– avanzaremos ahora sobre el análisis de los cuentos para poner en la superficie el funcionamiento del universo olivariano. Comenzaremos tomando dos relatos de esta compilación: "Revelación" y "La caída". El primero cuenta las vicisitudes vividas por un niño que, una noche de candombe familiar en el salón

Italia Unita, se da de nariz con “el misterio del sexo” (35). Julio es torpe en el terreno amoroso, pero muy perspicaz en el de la venta de caramelos, gracias a la cual pretende hacerse de unos pesos extra, visto el éxito que tiene la convocatoria del gremio de los vidrieros a una “Función y baile familiar” (33). En medio del tumulto, empujado por una pareja de danzantes, Julio va a dar debajo del sobaco de “una diosa [...], majestuosa, ubérrima, estallantes sus carnes prietas que rompían en curvas enervantes, encendidas bajo el palio de oro de su espesa cabellera” (36). Para Julio, verla y amarla son la misma cosa: “La amó ahí, al contemplarla en el estrado, amplia y hermosa, llena de luz, como una Venus, toda palpitación de carne joven, toda anhelancia de ensueños tibios, sugeridora y henchidora de deseos, de todos los deseos machos de la concurrencia” (37). Y si él la ama con la desesperación vergonzosa de la inexperiencia, ella lo desea sin ambages: “Monada que me comería a besos” (35), le susurra a una compañera “pasando al lado del muchacho, mareándolo con intención aviesa de hembra en celo” (ibíd.). Y aquí se produce una considerable inversión del tópico romántico *à la* Caro Raggio: la rubia, en lugar de ser una mujercita seducida por un hombre malo (como sucede, por ejemplo, en los versos de Evaristo Carriego y, especialmente, en “La costurerita que dio el mal paso”, que Olivari reescribirá con ironía en *La amada infiel*, su primer poemario, de 1924), es una imponente mujer araña. “Las manos chocaron. La de ella, fuerte, como garra de lirios, la suya tímida, temblorosa, como un ala desfalleciente” (39): esta marcada diferencia de fuerzas en la que la mujer ocupa el lugar de poder enlaza la iniciación sexual de Julio que aquí se relata con la de otro Julio –Rivera–, personaje de “Riverita”, relato que integra los *Cuentos de la oficina* de Roberto Mariani, publicados en 1925.⁸ Y también con la de Silvio Astier en *El juguete rabioso* de Roberto Arlt. En todas, el deseo masculino se ve avasallado por el femenino, que se despliega con potencia,

8. Para un análisis de estas escenas de seducción asimétrica en Mariani y Arlt, véase Ojeda y Carbone (2008b).

sin culpas ni timidez: “Un segundo más, y se adivinaba a Julio ‘comido a besos’ por la rubia, tal deseo patentizado en la expresión de la mujer” (ibíd.). Pero si Riverita y Astier escapan cohibidos por los avances de sendas mujeres maduras, Julio “vió la turgencia rosa de la carne, demarcada de extraño modo entre la liga y la seda negra de las medias. Se encendió todo en un orgasmo, se agudizó como una púa, haciéndose filo, centelleando en un ancho espasmo de emoción. [...] Y fué un largo combate, mudo y dulce, que duró lo que el tango que allá en el salón, resonaba lánguido” (40). El gozo de Julio es absoluto y, en este sentido, rebasa toda posibilidad de intercambio mercantil. En efecto, “Las monedas provenientes de la venta de caramelos, rodaron por el suelo, caídas del estrujado traje” (ibíd.). No es ése un placer que pueda comprarse con dinero porque lo que Julio siente por la rubia es puro, siendo él todavía un niño. Su iniciación sexual, como todo rito de pasaje, lo estrena como hombre. Con sus nuevos ojos, entonces, verá a la mujer que cinco minutos antes adorara “babeando, revolviéndose en celo, casi expirante en el ardor de su carne inahita, revoloteando con sus muslos estremecidos, el polvo y la basura de los telones rotos que hicieron de lecho” (41). El niño ha muerto en él y “sabiéndose ungido hombre” (ibíd.), será un hombre triste —como aquellos de Enrique González Tuñón— por el desvanecimiento de “su ilusión de niño” (ibíd.).⁹ La mujer, momentos antes una diosa marmórea, una vez que ha satisfecho su apetito sexual se vuelve para el hombre recién salido del horno en algo “caído”, desagradable, en una cosa que ya no genera atracción sino más bien rechazo.¹⁰

9. En “El país de los hombres húmedos”, cuento que cierra *El alma de las cosas inanimadas* (1927), Enrique González Tuñón se explaya sobre aquellos hombres que viven en un “estado de tristeza sin remedio donde cuelgan los días su afiche de aburrimiento y las horas dicen en su monotonía que la vida no vale la pena” (González Tuñón 2006: 79).

10. En Arlt sucede lo mismo: se reconoce a la mujer como sujeto del deseo (y esto ya es un avance respecto de lo que sucede en la ficción

En el terreno del deseo, las mujeres olivarianas tienen la misma carta de ciudadanía que los hombres: ellas también se calientan. Sin embargo, esta visión dista de ser ecuánime. Si en “Revelación” Julio descubre y se abandona a la práctica del sexo sin volverse por ello un ser degradado (cosa que sí le sucede a la rubia), la iniciación de Juliana –y la coincidencia onomástica de los protagonistas no es gratuita–, tal como lo anuncia el título, es una “caída”. Al comienzo, este cuento explora las posibilidades de una matriz tan típica como antigua: la mujer como sujeto de la pasión, para la cual amar es su único destino. Juliana “Tenía necesidad de amar” (52) y no es la única: “Juliana sintió rabia y con vergüenza un poco de envidia a su vecinita, la trigueña ardorosa y sensual*, cuyos ojos relucían en la obscuridad del quicio de su puerta, encendidos de ardor, ante las palabras melosas del galán que la arrullaba” (53-54). Llama la atención, en este punto, la delectación que le produce a Olivari explorar la psiquis femenina del deseo. Julio, en “Revelación”, ve a la rubia y se siente atraído, fascinado, por ella. En seguida pasa a la acción, tomando lo que siente como normal. Aquí, en cambio, nos enfrentamos a páginas enteras dedicadas a investigar cómo surge el deseo en Juliana, que le produce, qué siente, cómo lo combate: “Por eso echó culpa al calor de *su rara efervescencia*, cuando cuidadosamente plegado el vestidito blanco de los farbalaes vaporosos, al fondo del armario, casta la tela, cerrada en hombros y muñecas, abrió la ventana y se puso a soñar”. Para traer a colación sólo un ejemplo, es como si esa “imprescindible necesidad de amar, de adorar, de darse toda entera en un transporte jubiloso, en una ofrenda de sacrificio” (52) no fuera del todo natural. Y no resulta ocioso detenerse en ese *sacrificio* que menciona el

de otros escritores de la época), pero a consecuencia de él la imagen femenina se degrada por completo a los ojos de su pretendiente masculino (cf. *El amor brujo* arltiano). Desde una perspectiva feminista, esta construcción de la mujer bien podría atajarse con el eslogan que gusta pasear por Buenos Aires en las remeras de la marca Insurrectas (<www.remeraskillbush.com.ar>): “Me quieres virgen, me quieres santa, me tienes harta”.

narrador, ya que se encuentra en el epicentro de la concepción olivariana del deseo femenino. Luego de “caer”, Juliana “salió vacilante, un poco llorosa, mareada y en sus ojos, muerta la necesidad aquella de darse, de derramarse como un cáliz lleno de amor... Ojitos soñadores, otrora estrábicos de dicha, hoy estrábicos de desilusión” (56). No se concibe aquí el disfrute femenino del sexo. Juliana desea el encuentro amoroso con “su hombre” hasta que éste se produce, tras lo cual, sin más razón que el mero hecho de haber sucedido —antes, incluso, de ser abandonada por el tenorio—, llora compungida por “la fatalidad triste de lo inevitable” (ibíd.). En realidad, no se trata tanto de que las mujeres vivan su desfloramiento como una caída, sino que luego de él irremediablemente “caen” para el narrador. Una vez entregada su celada virginidad, el narrador siente pena y un poco de asco por ellas. En el universo olivariano el deseo sexual desborda, excede, hace estallar el marco impuesto por el sistema, pero esta prerrogativa —la de astillar el *statu quo*— Olivari sólo se la concede a sus personajes masculinos.

En su construcción de una Buenos Aires en la que “*el dinero lo es todo*” porque “*nada ni nadie* está a salvo de un destino mercantil” (Ojeda y Carbone 2008a: 33; subrayado en el original), el deseo es lo único que *no* puede comprarse: se paga un cuerpo, pero no sus ansias. Esto es lo que viene a ilustrar “La bien plantada”, relato en el que Antonia desprecia y humilla a Federico —un estudiante universitario que la desea con ardor—, por raquítrico y bien hablado:

—¿Por qué no quiere? — Sollozó* Federico.

—¡Porque no sos macho! (71)

“Pasaron junto a la puerta y el estudiante volvió a ver la mueca de desprecio inexorablemente acentuada por una risa franca de Eva victoriosa. [...] Antonia, juntando con brutal terneza al hombre contra sus caderas descendía lentamente, dificultosos en la marcha, por hallarse próximos, casi apareados” (72). Para Olivari existe una distancia abismal entre la mujer y la mujer de moral distraída. Así lo expresa

en su poema “O-to-ri-no-la-rin-go-lo-gí-a”.¹¹ El lugar de las cortesanas es central en el universo olivariano, al punto de que se constituyen como un subgrupo aparte, que casi no comparte rasgos con la construcción que este autor hace de lo femenino. Al respecto, baste con decir que la prostitución –en la literatura de Olivari– se constituye como modelo de las relaciones humanas bajo el capitalismo, en cuyo interior nada ni nadie se encuentra a salvo del estatus de mercancía. De aquí la importancia de su figura.

“Caer” no es sinónimo de “descender”, pero ambos vocablos indican un movimiento que comienza arriba y termina abajo. En este sentido, parecen adecuados los títulos elegidos por Olivari para encabezar las historias de dos mujeres que terminan –por diferentes razones– mal. Juliana, ya lo vimos, *cae* con sólo 16 años desde su condición de “señorítica modesta, hermosamente rubia” (51) hacia la de mujer engañada, usada. Dora, por su parte, terminará su viaje vital en la muerte, tras entregarse a Pablito, que se va para no volver. En el cuento que protagoniza, intitulado “El descenso...”, Olivari retoma la vertiente gauchesca de la literatura argentina, ensayándose en un ambiente y temática caras a Hernández, Lugones o Güiraldes, entre otros. Del primero retomará la denuncia de los atropellos cometidos en nombre de la “civilización” en contra de los gauchos. En efecto, Lisandro, paisano entrerriano, estrangula a su mujer –vasca–, “fiel como un perro a su «hombre»” (58) para que no pueda gozarla el político que la codicia. Lo drástico de la solución se completa con el éxodo del gaucho que “se fué a hacer el cubil, hecho fiera salvaje, en el pajonal bravío, menos avieso en las puntadas que la civilización ladrona que sintetiza el político aquél, sin sangre y sin entrañas” (ibíd.). De Lugones, Olivari tomará la dudosa concepción de “raza gaucha”, deudora de una supuesta “musulmanía que bullía en su ancestral sangre española” (ibíd.), ideas que pueden encontrarse en

11. Para un análisis de este poema (y, en general, del rol e importancia de la figura de la prostituta en Olivari), véase Ojeda y Carbone (2008a).

El payador (1916) lugoniano. Como Juliana, a Dora el deseo la toma por asalto, es algo que *le* pasa: "Dora, con los brazos extendidos se entregaba al sol, inconsciente y feliz, sabiéndose calentada y requemada deliciosamente en toda la piel, como en consonancia con el quemor íntimo *que no comprendía*, pero que sentía palpitante, electrizar todos sus nervios, en la caricia de su amante regio" (60).

El tema campero no se agota, sin embargo, con las vicisitudes de Lisandro. También "Sol de mediodía" explora la *desfloración* de Flora, "la hija linda del pulpero" (82). Este relato retoma la subyugación voluntaria de la mujer frente a los requiebres del hombre, al punto de que incluso se repite la metáfora vacuna –estrenada con Marisarda– para dar la medida justa del comportamiento femenino: "Braulio entendió, midió de un salto la batea y presa de sus jadeos y de sus músculos tensos, se abatió ella, mansa, casi pascual, como una vaca" (84). La animalidad desatada de esta escena contrasta con lo apocado de la relación que –en las entrañas del sistema– se da entre Roque y Clara en "Resurrección imposible". Si Dora ocupa el lugar de lo absolutamente salvaje (es un puro instinto desprovisto de cultura),¹² Clara podría perfectamente ser aquella "cara ex dactilógrafa, actualmente prostituta" de la última estrofa de "Canto a la dactilógrafa" (Olivari 2008: 86). Lo que separa a una de la otra es la distancia que va de la libertad a la sumisión. Gerente de un banco industrial, Roque es un perfecto exponente de la "oficinística" codificada en 1925 por Roberto Mariani. Ex poeta y, por eso mismo, ex soñador, con el reingreso de Clara –su novia de juventud,

12. De ella se menciona su "santa inocencia de la que lo ignora todo", al tiempo que se destaca su "fuerte instinto de hembra ignorante aún del celaje de un dueño" (60). Vale la pena aclarar que Olivari saluda esta ausencia de contacto con la cultura como algo absolutamente positivo en la mujer. En su poema "Mi mujer" (de 1926), por ejemplo, leemos: "Ilegaste vos, bruta y sencilla como una vaca, con apenas cinco años de escuela primaria, que, felizmente, no te hicieron mella" (Olivari 2008: 110). La comparación con el rumiante, como se ve, es una constante que se mantiene a lo largo del tiempo.

actualmente cabaretera— en su vida, Roque atisba “la resurrección de su ideal juvenil” (74), largamente sepultado bajo la monotonía de un matrimonio y de una ocupación que padece atrozmente. Recupera, así, sus ilusiones, “su pasado, que fué soñador” (ibíd.). La lealtad para con la mujer que eligiera por esposa no existe. Clara revive en él ilusiones y sueños largamente olvidados: “Rejuveneció aquel encuentro todo, hasta aquel vicio primero de su juventud, el de alinear palabras que sonasen” (76). Llegados a este punto, resulta claro que —al igual que las chiquillas ingenuas— los poetas olivarianos son pasibles de “caer”: cuando contraen matrimonio y perpetúan el modelo de familia burguesa, cuando se conchaban en una oficina, cuando —en definitiva— se atan, cuando olvidan la importancia del contacto con el sol. Por esto mismo Mariani había dedicado el año anterior (1921) su primer libro (un poemario) “A los muchachos que son un poco soñadores —no mucho, y que transigen con la vida, aguantando las horas de sol, —¡las horas de sol!— encerrados dentro de las cuatro antipáticas paredes de la oficina” (Mariani 2008: 62). En *Carne al sol* el refulgente astro es testigo de cómo los cuerpos se juntan una y otra vez, sin perjuicios y sin cesar. En ese contexto, Roque soporta “la cruel farsa del vivir cotidiano*” (79), en la que una “vejez del alma superior a la del cuerpo” impide “todo anhelo ascensional* hacia lo azul” (ibíd.). Y al hacerlo, nos introduce ya en una problemática que atraviesa toda la cuentística olivariana: el presente caído de aquellos hombres que “hecha polvo toda ilusión” (ibíd.) siguen adelante “con la fatal certeza de vivir una vida que no es la que quisimos...!” (80). Hombres en su mayoría acompañados por mujeres a las que no quieren y que sienten como una carga, especie de cancerberos siempre sedientos de dinero. Hombres que, finalmente, resultan niños de pecho frente a sus mujeres, para quienes no existen ni el amor ni los sueños ni la poesía ni los ideales: *material girls*.

De la muchacha ignorante y sumisa como una vaca a la prepotente dominatrix: ésta es la trayectoria trazada por la

figura femenina en la narrativa olivariana. Para ilustrar este punto de llegada tomaremos brevemente el decimocuarto fragmento de *El almacén*. (*Novela parroquial de Buenos Aires*), texto publicado por Olivari en 1959. En él se vuelve a relatar la iniciación sexual de Julio en el salón Italia Unita —“que estaba en la calle San Juan, cerca de Boedo, un barrio resonante de italianos y de cantinas” (1959: 125), el mismo en el que hoy se obstina en funcionar El 8vo. loco—, pero esta vez lejos del idilio carnal relatado en 1922. Aquí, Rosa —la rubia de antaño— recibe con indiferencia el asedio del joven y esforzado Julio (que “Vendía caramelos en los cines y estudiaba a la vez” [1959: 125]), llegando incluso a increparlo con impaciencia:

—Nunca me hablaste de casarte conmigo. Me hacés patear cuadras y cuadras tras tuyo, hablándome pavadas. Lo único que me hacés es toquetearme en el cine o en los huecos y no me das ningún gusto... [...] No te voy a olvidar así no más —le aseguró Rosita, exhalando en un suspiro su amor depotenciado*—. ¡Fuiste bueno conmigo y me decías cosas lindas! Buscate otra. No te van a faltar muchachitas para conversarlas. A mí, olvidame (Olivari 1959: 128-130).

Frente al poeta, cuyas horas libres pasadas al sol conforman la médula de los poemas olivarianos, los hombres de su narrativa son cachorros tímidos que sufren los caprichos perentorios de mujeres a las que no logra comprender. Es que en este contexto, hombres y mujeres hablan lenguajes diferentes: para ellas, *las deudas no se pueden pagar con amor*.¹³ Y ellos, de todas maneras, tampoco tienen amor para darles.

ANA OJEDA

13. Verso de la canción “No se puede vivir del amor”, que apareció en 1993 en el disco *Grabaciones encontradas. Volumen uno*, de Andrés Calamaro.

BIBLIOGRAFÍA

- CARBONE, Rocco (2007), *Imperio de las obsesiones: un grotexito*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- CARBONE, Rocco (2007-2008), “Caminar como escribir. Paseo sensual por un cuerpo urbano”, *Letterature d’America* (Terza Università degli Studi di Roma), sección: “Ispanoamericana”, años XXVII-XXVIII, nos. 115-116, pp. 75-115.
- GIRONDO, Oliverio (1999), *Obra completa. Edición crítica*, Raúl Antelo (coord.), Madrid, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, ALLCA XXI.
- GONZÁLEZ TUÑÓN, Enrique (2006), *Narrativa 1920-1930. El alma de las cosas inanimadas, La rueda del molino mal pintado, El tirano. Novela sudamericana de honestas costumbres y justas liberalidades*, Buenos Aires, El 8vo. loco.
- MARIANI, Roberto (2008), *Obra completa 1920-1930. Las acequias y otros poemas, Culpas ajenas...*, *Cuentos de la oficina*, t. I, Buenos Aires, El 8vo. loco.
- OJEDA, Ana y CARBONE, Rocco (2006a), “Estudio preliminar”, en Olivari, Nicolás, *Poesías 1920-1930*, Buenos Aires, El 8vo. loco.
- OJEDA, Ana y CARBONE, Rocco (2006b), “Estudio preliminar”, en González Tuñón, Enrique, *Narrativa 1920-1930*, Buenos Aires, El 8vo. loco.
- OJEDA, Ana y CARBONE, Rocco (2008a), “De la inmigración colonizadora a la mina mercantilizada”, en Olivari, Nicolás, *Poesías 1920-1930* [3ª ed.], Buenos Aires, El 8vo. loco.

- OJEDA, Ana y CARBONE, Rocco (2008b), "Con los botines de punta: la literatura de Roberto Mariani", en Mariani, Roberto, *Obra completa 1920-1930*, t. I, Buenos Aires, El 8vo. loco.
- OLIVARI, Nicolás (21/07/1925), "Habla un transfuga de la Avenida de Mayo del arrabal. A veces, por el barrio de Boedo, hacen una semana trágica, como quien organiza una kermese. Un imprentero de alma romántica-realista y un librero, correligionario de Puig Cadalfach", *Diario Crítica*.
- OLIVARI, Nicolás (1959), *El almacén. (Novela parroquial de Buenos Aires)*, Buenos Aires, Tirso.
- OLIVARI, Nicolás (2008), *Poesías 1920-1930. La amada infiel, La musa de la mala pata, El gato escaldado* [3ª ed.], Buenos Aires, El 8vo. loco.
- SCHWARTZ, Jorge (1991), *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, Madrid, Cátedra.

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Se reproduce a continuación la primera edición de esta obra: Buenos Aires, s/d, 1922. Se han mantenido tanto las erratas como las particularidades tipográficas propias de la época en que fue escrita. En muchos casos, estas últimas son constantes y, por lo tanto, fácilmente identificables. Por ejemplo: la acentuación tipográfica de monosílabos y del grupo “ui”, la falta de tilde en las mayúsculas o la apertura de signos de interrogación o exclamación que no cierran, o que cierran pero no abren. De todas maneras, para desambiguar casos que podrían inducir a duda, hemos decidido identificarlos –toda vez que hemos podido hacerlo con claridad– por medio de un asterisco que se pone inmediatamente a la errata y funge, por lo tanto, de *sic*.

A don Emilio Alonso Criado, el querido maestro y amigo, que fué para mí lo que el duque de Lemos para el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra, sin las restricciones mezquinas que amargamente comenta Azorín.

EL INEVITABLE PRÓLOGO

Es moda en nuestra incipiente literatura, que al publicarse un primer libro, se haga bajo la égida paternal de un prólogo de alguien ya consagrado.

Yo me lanzo solo, sin prólogos ni palabras liminares de nadie, ni sonetos donde me elogien, ni fotografía que me muestre ñato y feo como soy.

Para qué, me pregunto, todo ese chirimbolo, ese fragmentarse que obligan al paciente lector, ya que debe leer el prólogo por ser de alguien bien situado en la palestra literaria; ya que debe creer en el entusiasta soneto, casi siempre de corte épico, de algún poeta amigo; ya que debe contemplar la fotografía, para luego, leída que sea la obra, no se atreva a opinar de ella, desconcertado por el prólogo, el soneto y la fotografía? No!... Si yo tengo los dientes cariados, o* oculto bajo pomposo plastrón la camisa dudosa, qué ha de importarle al que por primera vez me lee, a mí, ¡que a duras penas he publicado en revistas sin importancia?*

No!... Ni me presento como fenómeno, cabezón o hirsuto, que ya a los diez años escribía dramas, según el prólogo que falta, ni me presento dado de la mano con ningún contemporáneo ilustre.

Tengo, (yo) poco más o menos veinte años, un par de zapatos ingleses de esos de cuádruple suela, «pour epater les bourgeois»* y una regular biblioteca.

Escribí dramas, comedias, versos, novelas, glosas, etc., etc., que fuí tirando a la basura cada 8 de Septiembre, como un homenaje a mi onomástico.

La fecha de marras pasada, me sorprendió buceando en el baúl donde guardo mis manuscritos, a fin de hacer arder la pira de ellos, zahumando al buen Nicolás de Bary. Tomé estos cuentos que aquí van y los releí con el sincero propósito de compadecerme interiormente, pero... no los hallé tan mal. Consulté a mi amigo Stanchina, a quien conceptúo un héroe, pues ya va logrando los honores de una discreta celebridad; se los leí todos, sí señor, ¡todos! y él, ¡oh mansedumbre bovina!, me escuchó sin pestañear, apurando medios litros. No sé si fué el entusiasmo o la cerveza, la cosa es que me abrazó y me instó a publicarlos, lo que hoy hago.....* y quiera el cielo que mi familia no me lo reproche ni mi patria me lo demande.

Puede que levanten alguna polvareda estos míseros, paupérrimos cuentos míos; si así fuese me alegraría por dos razones. Una es obvia: así me conocerían, me iría abriendo «cancha» en la literatura. La otra es ya de más peso. Temo que se me compare con algún erótico cursi, de esos editados por el señor Caro Raggio.¹⁴

Para responder a tan posible agravio, cuadra en verdad hacerme un* auto-exégesis.

Respetable público: En* mi literatura no hay nada más que lo que dice el sutil Anatole: «En cada obra de arte está sólo la persona del autor». Así, pues, estoy yo, mi psicología varia, compleja, mis estudios y una vaga tendencia al simbolismo que quiero aunar a la realidad. Y se explica: es tan pobre la realidad, la cruda y triste realidad, que si no la intimamos en un símbolo, en un alto idealismo estético, en la prodigiosa música de nuestro armonioso castellano, francamente que debemos, los que como yo han hambre de belleza, romper la péñola, porque con la realidad ya se

14. Editorial española fundada en 1917 por Rafael Caro Raggio, cuñado de Pío Baroja, con la publicación de cuya obra inauguraron su labor de difusión cultural. [N. de E.]

dice todo, de la vida, de los cuerpos y de las almas, en las noticias de policía y tribunales.

A menos que se prefiera velar la verdad y hacerse escritor académico y adocenado; dedicarse a la historia, por ejemplo, o tristemente resignarse a no turbar la digestión a los pazguatos, dándose a escribir cositas de encargo y molde: tipo Martínez Zuviría.

REVELACIÓN

Chispean turbados los ojos de Pan.

Rubén Darío.

I

Julio, aquel día, se dispuso a obtener una buena ganancia con el cajoncito repleto de caramelos, cuyos papeles de colores vivos, hacían policromo juego con su cara de manzana madura, de cigarrillos aterciopelados, como esa fruta, por un vello rubio, muy suave; huella en vanguardia de la adolescencia naciente.

El salón «Italia Unita» se veía en ese momento lleno de la respetable concurrencia del gremio de vidrieros que, acompañados de sus familias, se avergonzaban un poco, ante la efigie del «re galantuomo», decorando, con sus millonarios bigotes de cornucopia, todas las paredes.

Un alegre run-run de conversaciones, de gritos y de risas, caldeaba la atmósfera. Se preveía el jolgorio desmedido, en cuanto alternasen las idas y venidas al buffet.

«Función y baile familiar» rezaba el pretencioso programa de la fiesta, añadiendo por costumbre «Se recomienda orden y cultura».

Pero qué iban a tener orden y cultura allí! Si hasta las paredes pintadas de un rojo rabioso desordenaban la vista, y si el priorato en el buffet, calentaba la sangre moza, ca-

brilleándola en madrigales, más audaces, en consonancia a cada empinación del codo; y si hasta los chochos se hacían díscolos, hervidos de calor, exaltados de sudor, trayéndose a la mente entre la ola vinosa ingerida, un recuerdo de «ven-detta» a cualquier otro viejo; recuerdo lejano traducido al presente en un amago de frase entrecortada, escorzando la epidermis del otro:

—Te rumpo il collo, bastardo!... Vení vamo a la squina!...

Separaban a los viejos, riéndose tumultuosamente los mozos, mientras las mujeres chillaban de susto y de sensualidad, viéndose pecho con pecho, torso con torso y todo el cuerpo, hasta el vientre, contra los muchachos vivos que aprovechaban ladinos el entrevero.

Julio, acechaba los flirts inminentes, esperando «el caso clavado», para embromar al tenorio, metiéndole los caramelos en los ojos, haciéndoselos comprar, para obsequio galante a la recién conquistada.

Y tras lancero y lancero vendió toda su mercadería. Salpicando el aire con las notas argentinas que hacían las moneditas colmándole el bolsillo, se alejó un poco del medio del salón. Era que se sentía mareado, asfixiado casi, del violento olor a carne joven que desprendían las parejas, unidas estrechamente bajo las espirales que dibujaban, taconeando compadronas, atentas al ritmo dormilón y exótico de un tango en boga.

Una pareja al asentar un corte entusiasta lo empujó rudamente yendo a dar, con cajón y todo, contra una pulpa tibia y perfumada que el tanteo instintivo, velando el equilibrio, le reveló la mujer.

Y fué a dar justamente debajo del sobaco, libre y abierto, cual una umbría inquietante bajo la fina tela, que empapada de sudor plasmábase como arcilla, revelando ideal vello, rubio como polvareda de sol.

Julio miró asustado, inquieto, pareciéndole aquello una cosa deleitosa, extrañamente sugeridora, más dulce que un caramelo, más fuerte que el vapor del priorato, en su perfume agrio, exhalación de vida!

Un segundo, y que* serie de emociones. ¡Qué mundo desconocido se le abrió ante los ojos! Aspiró toda la revelación, adivinó el misterio del sexo, la diferencia del mismo, la finalidad del mismo, preciosa, de oasis, de la mujer.

Y los ojos de ella como* lo acariciaron, y cómo se rieron cariñosamente de él y de su encantadora torpeza de adolescente!

Y... «qué regia hembra»... suspiró Julio, evocándola toda en el buffet, desierto al momento, donde refugió su desazón; y la miraba bailar, allá, a cinco pasos de él, y apoyándose en el quicio de la puerta, la miró honda, intensa, salvajemente, con elocuencia infinita en las pupilas, que indiscretas charlaban con mil luces, su vago e inquietante deseo.

¿Y ella?... ¡Oh! Cómo se turbó Julio; lo miraba también, de arriba abajo, acentuando la mirada curiosa, las ojeras moradas, arco delator de sus ardencias, que pulsaban como venas, lividizándose de ansia, ante ese doncel talludito y musculoso, pero de mofletes como manzanas, rosado como un kiwpi*, adorable como un chiche.

—Monada que me comería a besos. —Tal dijo a una compañera y en voz suficientemente alta, pasando al lado del muchacho, mareándolo con intención aviesa de hembra en celo.

Julio la oyó y ahogó la sed que le produjo esa frase, bebiéndose todo el fondo de las copas que en la mesa revuelta del buffet, alzaban sus bocas, sucias de grasas y de dulces.

El vino, fuerte, oloroso y áspero, Mendoza puro campeche, rotulado mistificadoramente de «extranjero», lo acabó de marear.

Sintióse molesto, conturbado, lleno de extraña sed, pensando con cuero y alma, en la magnética mirada de la rubia.

Un rumor lo despertó de su ensimismamiento. Era que iba a comenzar la función teatral.

II

Diablo de fonografía soporífera que se aprestaban a recitar en versos románticos. Y nada menos que Campodron, aburriendo en tres largos actos... Y gracias a que el director artístico, para hacerle sitio al baile, suprimió cinco o seis... sinó* ¡pobre gremio el de vidrieros más amolado en la eufonía de esa musiquita verbal que los espejos que ellos repasaban!

Julio curioso, y en calidad de proveedor de dulces, entró a las bambalinas.

Y la vió a ella, en el camarín común, al que dábase acceso por una escalerilla crujiente y llorosa. Iba a hacer de dama joven y ante la compañía allí reunida, el director artístico y la comisión de fiestas, recitaba por última vez su papel.

Julio la admiró como a una diosa, al verla así, majestuosa, ubérrima, estallantes sus carnes prietas que rompían en curvas enervantes, encendidas bajo el palio de oro de su espesa cabellera.

Vistiendo ya de época, (de época según el director, primer galán, que se enjaretaba penosamente unas botas con vueltas blancas), le pareció a Julio admirable, intraducible su efecto sobre sus nervios expectantes. Y ella se supo admirada, y se pavoneó orgullosa, acentuando su real planta de gárrida mujer, ante el espejo verdoso, que al reflejarla toda, se hizo en verdad de época, copiando su inimitable imagen de dogaresa, así transformada, aniñada casi, por ese jubón que le apretaba el talle y por las trenzas, magna cascada de oro, tamizando áureamente la morbidez lechosa del escote.

III

Un señor calvo y gordo, hablaba desde el estrado. Ampulosamente, con graves gestos zurdos historió al gremio y lo llenó de elogios y de lugares comunes, y lo com-

paró a los del Medioevo, y lo hizo institución sagrada y le auguró un futuro de esplendor, metiendo todo el raudal chabacano de aquel flujo de palabras, en la boca abierta de los escuchantes, quienes, asombrados de verle hablar tanto rato sin tomar ni un solo sorbo de agua, rompían en tímidos asombros, al tenor de:

—¡Qué bien habla!...

—Es un fenómeno...

—Pero ha visto que* cabeza?

—...sí. Es un cabezón!

El «cabezón» era ese señor, buen rentista de la vecindad, que soñaba hablar, hablar mucho, pero mucho, hasta que lo hicieran concejal.

Comenzó el primer acto. Julio veloz se fué a la orquesta, para verla, para seguir viéndola, a ella! la rubia de quien se sentía, sin comprender aun*, intensamente enamorado.

La amó ahí, al contemplarla en el estrado, amplia y hermosa, llena de luz, como una Venus, toda palpitación de carne joven, toda anhelancia de ensueños tibios, sugeridora y henchidora de deseos, de todos los deseos machos de la concurrencia. Deseos que se iban en alas de miradas, hasta rociarla, hasta abanicarla con su tempestad de instintos, entre los que florecía, puro y primario, el del adolescente torpe, de pantalón corto y cuello de gañán.

Y ella lo distinguía, lo seguía mirando, desvaneciéndolo en la caricia de su voz, opaca, caliente como un simún, rezumando su ansia entre los vulgares y chillones versos, que en ridículo tono heroico recitaban.

Pero él no notaba la vulgaridad del espectáculo. Qué iba a notar, si le parecía su voz, envuelta entre la música disonante de los adjetivos terminados en «an» y en «zon», la más divina sinfornía! Si bebía sus palabras; si las pupilas en blanco, revoloteando como aves presas, la seguían tímidas, llenas de su arrogante figura!

Rompió a aplaudir el primero, gozando en martirizar sus manos, palmoteando locamente. Seco, febricitante, corrió hacia la escalera una vez que la dama hizo mutis.

La escalera estaba llena de gente. Eran los componentes de la comisión de fiestas que haciéndose mutuas cortesías no se decidían a subir nunca. El los hendió de un codazo, y cobrándose el peaje de una maldición que lanzó algún pisoteado, entró rápido en el camarín.

La artista se estaba desnudando. Un trozo de corpiño, corriéndose hacia abajo, le plantó un seno en el aire. Robusto, henchido, erecto, electrizó la punta mórbida a Julio que se quedó clavado, mudo, casi muerto. Ella lo gozó un instante, de verlo así, tan suyo ante la gloria de su carnalidad, de saberlo tan rendido a sus encantos plenos, de adivinarlo a punto, — plato picante — para su golosidad de hembra ardiente.

Fingió una sorpresa, velándose tras un biombo. Falsamente indignada le gritó que se retirase. El obedeció yéndose a aplastar contra la pared del pasillo, pegándose a ella, arañándola convulsivamente, seco, como un Cristo, boquiabierto de jadeos, con toda la pupila llena de la visión rosada que el corpiño le dejó ver.

Lo empujaron de allí los artistas, cuyo director desolado gritaba como un loco: era que el traspunte había perdido el libreto de los dos actos subsiguientes.....* Alguna bien intencionada y lo peor es que no lo sabían de memoria! Renegando el presidente de la comisión subió al estrado y anunció la suspensión del espectáculo por «fuerza mayor». El «¡ah!» que exhalaban todas las bocas, pareció volar el techo. Se habían salvado. Gracias a Dios y a la bendita mano de un bien intencionado la fiesta seguiría con el baile.

Y otra vez el tango, ondulando sus monoritmias sensuales por el aire, espeso por toda clase de emanaciones.

Julio, pegado siempre al pasillo en muda inconsciencia* esperaba. ¿Qué? No sabía, pero en el fondo de la masa enorme de impresiones, sensaciones y visiones que desde dos horas se le había como aglutinado en la boca del estómago, pesándole como un plomo, sentía un vago fatalismo de algo que inevitablemente debía suceder.

De pronto la rubia asomó por la puerta del camarín y lo llamó. El se acercó temblando, fascinado, cual un pajarito cayéndose de susto al imán de dos ojos de culebra.

—Deme un paquete de caramelos, le dijo mirándolo siempre y entrándose poco a poco hacia adentro.

Julio la siguió sin poder entender su pedido; pálido, licuando su asombro en sudor, que se perló de pronto dándole escalofrío de vaga ansia.

—Deme un paquete de caramelos, — insistió la rubia.

Julio registró el cajón. Nada, vacío. Se desesperó, pero al fin descubrió un paquete de chocolate en el fondo, que le tendió tembloroso. Ella abrió el nácar de su palma para recibirlo. Las manos chocaron. La de ella, fuerte, como garra de lirios, la suya tímida, temblorosa, como un ala desfalleciente...

Se anunció el cumplimiento de la ley de la vida.

El instinto iba a hallar la frase para cuajar el anhelo... Un segundo más, y se adivinaba a Julio «comido a besos» por la rubia, tal deseo patentizado en la expresión de la mujer.

Un recio golpe movió la puerta. Entraban.

—¿Quién...? — pareció maldecir ella, mientras Julio turbado, hacía que buscaba en su cajoncito.

Eran tres de la comisión de fiestas. Un catalán, viejo verde, diablo como él solo, picarón y mal hablado y dos jóvenes recios, bigotudos. La llamaron aparte y la* hablaron con misterio.

—Venga, oiga, se va a divertir. — Ella se rió descocada y asintió con grandes movimientos afirmativos, mientras la risa la estremecía toda, llenando de tintineos el estrecho camarín.

Salieron seguidos de Julio, quien cual un faldero, husmeaba la estela perfumada que dejaba ella, al asentar sus pasos breves.

En el rellano de la escalera les* esperaba un grupo, que se hacía el serio, aguantando apenas la risa que reventaba por las comisuras de los labios, fruncidos con empeño vano.

Hacia la puerta del salón, un mozo llamaba con grandes gestos a las parejas jóvenes. Se hizo un amplio círculo. Uno dijo en tono de bajo profundo:

—Se va a rifar...

Y otro extrajo triunfalmente de una bolsa de papel, un enorme falo de vidrio, de rara perfección anatómica, coloreado con óxido de hierro.

Las mujeres huyeron espantadas, reprochando con falsa vergüenza a los «puercos» acompañantes que se reían con malicia. Dos solteronas, viejas y feas, de las primeras llamadas, gimotearon escandalizadas, llevando sus indignaciones al director artístico, quien acudió presuroso, incautándose del cuerpo del delito a quien llevó hacia el buffet.

Los otros lo siguieron protestando.

Julio buscó con la vista a la rubia y no la divisó. Creyéndola ida, rabió desesperado, resolviéndose a subir hasta el camarín para ver si estaba.

Al poner pie en la escalera se sintió chistar. Dióse vuelta sin ver a nadie; un rumor bajo la escalera localizó el llamado. Miró: la rubia estaba en el hueco que dejaba la escalera y el escenario. Envuelta en la penumbra que casi llenaba el bajo tablado, sólo se distinguía gracias a un rayo de luz que descendía de la concha del apuntador.

Levantándose las faldas, la rubia se estiraba tranquilamente las medias.

Julio vio la turgencia rosa de la carne, demarcada de extraño modo entre la liga y la seda negra de las medias.

Se encendió todo en un orgasmo, se agudizó como una púa, haciéndose filo, centelleando en un ancho espasmo de emoción... La rubia lo vio venir y abrió los brazos. Entre ellos cayó Julio, sintiéndose como ella había dicho «comido a besos».

—Chiquito, chiquito...

Las monedas provenientes de la venta de caramelos, rodaron por el suelo, caídas del estrujado traje.

Y fué un largo combate, mudo y dulce, que duró lo que el tango que allá en el salón, resonaba lánguido.

Se levantó al mismo tiempo que fenecía el último son... Buscó a la mujer para amarla más, para adorarla de rodillas, para balbucearle su adoración, su profunda acción de gracias por el deleitoso misterio revelado.

Pero... la encontró babeando, revolviéndose en celo, casi expirante en el ardor de su carne inhaita, revoloteando con sus muslos estremecidos, el polvo y la basura de los telones rotos que hicieron de lecho.

Y entonces Julito se llenó de tristeza, de una infinita tristeza de cosa vacía, vencida, anulada...

Y con la pupila toda llena de esa desdicha vaga, terrible en su imprecisión, y sin cuidarse de las moneditas ahí desparramadas, se fué a la calle, perdiéndose en su silencio de media noche, tanteándose los riñones doloridos del empuje vital que dió, un poco orgulloso empero, sabiéndose unguido hombre, pero sintiendo siempre aquella tristeza, floreciente de entre las ruinas de su desvanecida ilusión de niño.

UN FESTÍN EN EL BAJO BELGRANO

A Paul.

I

Sobre las márgenes que costean al río* de la Plata, pulula una caterva inclasificable de hombres, mejor dicho, de ex hombres, que viviendo Dios sabe cómo, logran la suprema voluptuosidad de encerrarse en un Nirvana de yoísmo indiferente, libres del trato colectivo, agujereados por parásitos a quienes su cuerpo, fornido como todo el de aquel que nada piensa, hospitaliza amablemente.

Son los filósofos modernos, que más valientes que los de gabinete, instáuranse con su roña y su sistema a la margen del río, viviendo noblemente nómades, de la caza con tramperas y de la pesca con clavos aguzados a modo de anzuelos, en los cuales ensartan lombrices de tierra, tan abundantes en el lugar. Es esta* una primitividad de medios que auxilia eficazmente la paciencia, esa paciencia, nunca tan paciencia como en esas gentes, filósofos como hemos dicho, que el vulgo con desprecio que nace de su misma ignorancia, llama «atorrantes». Curiosa existencia no malgastada un momento por algún acicate de pensar, de sentir o de anhelar. Mundo aparte, ajeno a la vida y a sus pasiones refinadas que nunca resuenan entre esas cañas y ese barro, a no ser mondadas de su civilidad, para latir

salvajes, libres de los frenos charolados con que la inviste la cortesía, la urbanidad, la sociedad y un sinnúmero más de mentiras convencionales.

Bronco es el palpitar de la fiereza, ingénita en esos hombres, si se ven tocados en su egoísmo, en su reposo o en su sensualidad de cerdos apacibles, melencólicos y costrosos de pringue. Guay del que les sacuda de su amodorramiento: se transfiguran en furias del Averno, dejando en la puñalada o en el garrotazo feroz, toda la ancestralidad de sus vidas libres, tan acostumbradas a la inercia absoluta que para defenderla, matan.

Curiosa caterva de hombres, que no pagan impuestos y sin embargo trabajan; que no ven a un cura y sin embargo se mueren; que no ven un traje blanco y sin embargo se casan; que usan con raro acierto escopetas enmohecidas y sin embargo no cumplen el servicio militar.

En el bajo Belgrano, junto al murallón que costea el río, entre fangosas charcas y basuras hediondas que rellenan el desnivel de la ciudad y el estuario, viven como cincuenta o sesenta de esa gente, sin más autoridad que su egoísmo y sin más ley que su pereza.

II

La caída de la tarde ensangrentaba el poniente, multiplicándolo en estrías de llamas, que se encabritaban en los cirrus mortecinos, dorando a fuego sus bordes. En las lagunas, nunca tan quietas, se retrataba tranquilamente la puesta.

Los carros atmosféricos, uno a uno, abandonaban la cosa, libres ya de sus cargas y al alejarse, traqueteando monótonos, parecía como que se llevaban toda la vida del lugar.

De entre las tinieblas, casi densas ya, cabeceaban con intermitencias puntos luminosos como ojos que atisbasen recelosos.

De la superficie que formaba la basura depositada en el día, surgieron como del seno mismo, figuras gigantescas que se encorvaban sobre ella. Eran a modo de grandes gusanos blancuzcos que pugnasen por volar y en la impotencia, se retorcían pausadamente. Pero eso a modo de gusanos hablaban. Se oían nítidas en la pureza azul oscuro del ambiente, interjecciones robustas, gruñidos que parecían surgir de una piara... Eran los filósofos, los «atorrantes», que daban la carga al rico botín que trajeron los carros de la ciudad.

Poema tétrico aquel*; los despojos del estómago de la ciudad alimentan los despojos de su civilización!

Iban a la caza de la pitanza, todos descalzos, quien menos, por inaudita riqueza, de un pie. Y transitaban sobre aquel suelo erizado de puntas, de hierros, de latas, de clavos mohosos, de corchos podridos, sembrado de tizones, esmaltado con fogatas, sin que al parecer la planta sufriera menoscabo alguno... Fakires de nuevo cuño, desdeñando la prueba del fuego tras el incomible yantar.

Eran veinte o treinta, todos rotosos, idénticos en mugre y en viscosidades. No podría decirse, ni menos imaginarse, quién de ellos tenía menos desgarrones. Se veían algunas figuras más pequeñas, pero no menos mugrientas. Eran mujeres, algunas jóvenes, pero cuya juventud perdíase ahogada de basura; otras llenas de macilencias, indefinibles de opacidades, se revolvían con singular empeño entre los desperdicios como anhelando quizás que* tesoros. Dos o tres tenían chiquillos pegados a su falda chorreantes de moco y de inmundicia; otra tenía en bandolera, a la moda gitana, un atado de trapos de donde chillaba un rorró.

—Vamo... vení acá!

—Ché... cargá los huesos...

—Pascasio, manyá una cucharita!

—Cuardála pa tomar helado con la Marisarda.

—¡Uff!

—Já... Já...

Y así era el diálogo cortado entre interjecciones brutales, donde se revolvían veinte dialectos. Husmeaban con

rapidez pasmosa, ayudados eficazmente por cuzcos imposibles de delgadez, con los costillares al aire, casi libres de la apergaminada piel. Hacían de las basuras recolectadas, montones. En uno colocaban los huesos, mondos ya del todo, por las dentelladas feroces de los perros que se los disputaban, mordiéndose salvajemente los morros para luego, chorreando sangre, pierniquebrados de algún morisco, llevárselos al amo.

Las latas de conservas, empapelaban cruces de leño, construyendo, con estilo bárbaro, algo así como gallineros, donde al parecer moraban esas gentes. Casa y depósito, todo revuelto, todo hacinado, basuras, seres y bestias. Y algún caballo, petizón y atrozmente gordo a quien escuadrones de inquietas moscas martirizaban. Y luego los perros, siempre los perros, legiones de perros de flacura inverosímil, de resignada crueldad estereotipada en las pupilas, casi humanas a veces, cuando en coros, daban en ladrar a la luna.

Un viejo más pringoso que los demás parecía el amo de aquella exótica tribu. De pie sobre el murallón, su figura se recortaba nítida, bañada en luz lunar, luz que regaba una por una las hebras de la barba, larga hasta mitad del pecho. Tenía así, entre ese silencio casi religioso, una actitud de diabólica liturgia. Parecía una enorme caricatura del viejo Cronos, presidiendo una reunión de inclasificables montones de roña en movimiento: los súbditos huraños, los «atorrantes».

Costaba imaginar en ese ambiente cualquier florecimiento de vida, intensa y fecunda, un amor, un heroísmo... Pero los había, como había asimismo vicios; al fin eran hombres y como tales no podían substraerse al influjo de instintos y pasiones, por más rigurosamente acertado que fuera el sistema filosófico, con que vivían esa vida.

Sonaba a extraño en verdad, una nota de color, de juventud, de alegría en ese cuadro, sin embargo una mujer, llegaba a enmarcarla.

Era la flor, exangüe y misérrima, como que surgía de ese costal de inmundicia, pero flor al fin... La llamaban

Marisarda... y nada más; contracción de María y de un lugar. Nada más sugestivo que ese nombre que ligaba a un ser con un paraje remoto y casi ignoto. La Cerdeña azul, perla con costras montañosas, perdida en el Mediterráneo. Quizás Marisarda nació allí, alumbrada tranquilamente como alumbran esos seres iguales en sus funciones y en sus predilecciones a los canes fieles; quizás viniera niña de allá, pues que aun* en sus pupilas parecía verse, melancólicamente retratado, un amplio panorama de sol y de cielo azul.

Marisarda era bella, todo lo bella que se puede ser cuando se es joven y cuando se es sano. A pesar de estar envuelta entre los pliegues de una falda construída para un busto seis veces más del suyo, en los trechos que la tela se desgarraba, adivinábase la piel, cálida y contráctil, muy blanca, igual a la de una paloma perpetuamente en celo, y de toda su fuerte figura de moza gárrida burbulleaba, rimando con las fulgencias de los ojazos pardos, toda una alegría rubia de sol.

Y era la única que se movía y era la única que desgarraba la hisócrona* movilidad de los otros y era, cosa extraña, la única que entonaba, como ahora, canciones discordes, mezcla de bárbaros dialectos, canciones que se remontaban quizás a los fenicios, las mismas canciones laxas y moribundas que acompañaban la marcha de los gitanos y se unen al broncar de las olas en las bajas proas de mil buques y en los muelles de mil puertos.

Marisarda dejaba adivinar en la movilidad nerviosa con que conjugaba todos sus actos, su inadaptabilidad; era uno de esos seres para quienes la tierra es chica y ningún marco conviene; era, ya no sólo la única que cantaba, sino también la única que soñaba, espejándose limpiamente en las charcas verdosas, que al retratar las nubes que pasaban veloces, unguían en el montón de sus instintos, uno más intenso, aguijoneante casi: el de irse, el de caminar siempre, continuamente rumbo al sol!...

Por eso era rebelde; por eso no se sujetaba al sistema decantado, al atorrantismo, cuyas reglas epicureístas regían la minúscula colonia. Rebelde a todos, no quiso ser de

nadie, pero sin embargo, por no ser de nadie tenía que ser de todos, ya que el detalle de no conocersele macho declarado, aseguraba la propiedad colectiva.

Curiosa forma de vida en común, tan idéntica en el fondo a la de la ciudad civilizada: la turba, astrosa, mugrienta y paupérrima tenía también su burdel, poseía asimismo su prostituta.

En ella despuntaban el ansia lúbrica los catorce años de los apenas púberes y en ella agotaban su última masculinidad los de sesenta. El vicio cambiaba de pelaje, y de dorado y lujoso como ostentaba su cetro en la ciudad monumental, se subalternizaba plebeyo, haciéndose asqueroso por dentro y por fuera al revés de su forma habitual entre los hombres, sucio por dentro.

Esas mismas canciones que sólo ella cantaba, al ser únicas, de única originalidad en la grisácea monotonía de almas y cosas, eran el acicate del deseo, ferozmente manifestado con primitividad de orangutanes: un manotazo en las sombras y dos cuerpos confundidos, jadeando de concupiscencia entre las revueltas basuras.

Y ese día Marisarda cantaba con más calor que de costumbre. Acaso se sintió vagamente triste en su inconsciencia* de animal salvaje al verse envuelta en las tinieblas, acaso como nunca en esa hora de indefinible encanto, cuando al caer la noche todo calla, cuando todo suspirando, ave, flor, río, follaje y viento, parecen esperar, ella sintió opresora la garra de su trashumancia bohemia y como nunca anheló la marcha a través de bosques y a través de ríos, a través de arenas y a través de aduares:

Lloraba su canción. Era una vieja canción de ritmo largo y triste, aprendida quién sabe donde*:

Más allá del cielo, misterioso, lejano,
el dulce Efracin me espera, me espera...
Efracin tiene la frente serena,
Efracin tiene los ojos azules
y tiene en el alma una pena...

Más allá del cielo, misterioso, lejano,
el dulce Efracin me espera, me espera...

Un grupo se había formado a su izquierda. Cesaron el trabajo y escucharon con los ojos fosforescentes la extraña canción, cuyo ritornello cálidamente repetido, se hundía en el pozo ingrave de la noche.

El grupo se agitó trabajosamente, librándose de las basuras que casi lo sepultaban. Surgieron luego a nivel: eran ocho de edad insospechable bajo la mugre de encima y de debajo. Se miraron con misterio y se comprendieron. El que semejaba ser jefe, más alto y al parecer un poco, poquísimamente menos sucio, se acercó felino, dió un salto y Marisarda se sintió oprimida vigorosamente por dos brazos cuyas manos de extraña retractibilidad, grasosas y húmedas, iban palpando en las tinieblas.

Los dos cuerpos dieron violentamente en tierra levantando una nube de ceniza, producto de las incineraciones municipales.

Marisarda sintió desgarrársele la espalda, dentada por el borde agudo de una lata de conservas, allí caída; no se quejó... ¿Para qué? Sólo sus ojos llenos de mansedumbre bovina, ausentes y lejanos al tiempo y al lugar, parecían seguir los ecos de la canción interrumpida, que se aquietaban a lo lejos...

Más allá del cielo misterioso lejano
el dulce Efrahim me espera... me espera.

Pasaron sobre ella uno y otro, y otro más... El que hacía turno, esperaba contoneándose de ansia, el que se alejaba chasqueaba la lengua en la boca, relamiéndose de placer, igual a un viejo bebedor que proclamase las excelencias de una añeja botella... Y a cien metros de allí, el Belgrano aristocrático y burgués, no soñaba siquiera en aquel brutal festín de carne humana...

LA CAÍDA

I

Cuando Juliana cumplió diez y seis años, se puso de largo e ingenuamente orgullosa se llamó señorita.

Señorítica modesta, hermosamente rubia, de perfil gracioso y cándido en la leve aristocracia de la barbilla, insinuada en un relieve, un poco augusto, de medalla antigua.

Con su vestidito blanco, lleno de farbalaes y su gran moño celeste en la grácil cintura, era la envidia de las del barrio, cuando en la retreta de la plaza oía, con su clara mirada un poco vaga y otro poco estrábica perdida en lo lejano, las ruidosas notas de la marcha de San Lorenzo o una sutil mazurka antigua, de esas* de nombres románticos que parecen ser patrimonio de las nevadas abuelas, y de los alegres músicos, banda de aficionados que solazan y se solazan los domingos, en las plazoletas suburbanas, cumpliendo el abstracto atavismo de la raza itálica: filarmonía pura.

A Juliana le gustaba esa música sencilla, que exaltaba en ella inconscientemente, la capacidad amatoria de que estaba intensamente dotada. Cómo le gustaba oirla* así, cuando el bendito sábado inglés alargó por unas horas, el escaso descanso de los hombres del barrio, obreros y empleados, que malgastaban la concesión capitalista, presos tiránicamente de sus veleidades filarmónicas.

También Juliana deletreaba algunas notas en el piano viejo, que llenaba media salita en su casa. El penúltimo vals y el anteúltimo tango. Arreciaba con el clásico sólo por lo romántico de algunos títulos, — nada más — por eso tocaba mediocrementemente la «Plegaria de una virgen» y laceraba el «Ave María» de Gounod.

Por lo demás, hacía sin entusiasmo, sólo porque el ruido grave del piano viejo, la adormecía en ensueños dulces, exaltando en ella esa imprescindible necesidad de amar, de adorar, de darse toda entera en un transporte jubiloso, en una ofrenda de sacrificio... Algo de alma de la santa de Avilés y mucho de su juventud que clamaba por sus derechos, era esa ansia.

Ansia que hacía enrojecer su linda naricita de alas ligeramente abiertas, cuando la restregaba, besuqueando al morrongo «ababdico», que sensual, se frotaba de gusto en sus finas pantorrillas.

Y cómo ensució aquel lindo vestidito blanco, cargado de farbalaes y cómo se arrugó la cinta azul en la grácil cintura, con los apretones locos, con los besos gárrulos, dados a la caterva de chiquilines color chocolate por el sol y por el barro, que la sabían tan buena y se dejaban estrujar presintiendo las flores, las compotas o los cobres con que ella los regalaba.

Tenía necesidad de amar. Huérfana de madre, con una tía solterona y su viejo padre, tímido como una alondra, que la adoraba de lejos con religiosidad, sentía ahora el florecimiento de esa necesidad de amar como nunca la sintió.

Se instruyó poco: el piano, algunas cestitas de «raffia» que llenaban sitios y horriblemente feas, eran toda su cultura. Además una que otra novela de Braemé y la ojeada semanal a «Caras y Caretas» completaban la insuficiente educación.

El modesto sueldo del padre, empleado desde veinte años en un juzgado, bastaba a las necesidades de los tres seres tan inofensivos, que se acostaban a las diez, después de gozar del fresco en la vereda en verano y de leer el «Diario

de Sesiones» en el invierno. Los sábados y domingos, la retreta de la plaza, rompía la rutinarietà de la costumbre y una que otra cana al aire, cuando iban al biógrafo de la otra cuadra, a reir* a boca llena de Carlitos o a estremecer su pacificidad con los revólvers* de los ínclitos cow-boys.

Toda su vida y diez y seis años... ¿Toda su vida? No; un poco de ilusión rimaba de suave fragancia el blando aburrimiento de la monótona vida. Juliana sentíase, sintióse presa de esa capacidad amatoria añorando un porvenir, un algo abstracto, muy indefinido, pero que ahora sintetizaba en sus diez y seis años de poca experiencia, de esos cuadros falsos, que vió en el biógrafo: lejos del bullicio, frente a un poniente dorado, El y Ella, juntas las manos, más juntas las bocas, mudos, en éxtasis amatorial divino.

Soñaba el cuadro y su imaginación corría. ¡Ah! ¡Cómo ansió ser la heroína de la sentimental novela últimamente leída! ¡Cómo adoró a Fairbanks en su sonrisa y en su expresión de hombría. Recordaba todo eso en la plaza y soñaba como nunca entre los acordes chillones de la música que ahora atacaba con bríos el Himno de Garibaldi.

A las primeras luces de la noche, se alejó lentamente, con su vestidito blanco, lleno de farbalaes y el moño azul en la grácil cintura, que ondeado dulcemente por una ligera brisa remedaba, trémolo ante la dueña, amplio saludo caballeresco de marqués elegante a una reinita de Trianón...

Soñando siempre, con la última aria de una «Traviata» que asesinaron los filarmónicos de la plazuela, se iba a su casa, del brazo de su padre, que ni respiraba, al verla tan blanca, tan bella, tan armoniosa, en su vestidito blanco tan nuevecito y sus diez y seis años más nuevecitos todavía...

.....

Juliana sintió rabia y con vergüenza un poco de envidia a* su vecinita, la trigüeña ardorosa y sencual*, cuyos ojos relucían en la obscuridad del quicio de su puerta, encendidos de ardor, ante las palabras melosas del galán que la

arrullaba; cariñosamente enojados luego, reprimiendo el desmán de una mano osada...

Juliana ni la saludó, la* tuvo rabia... de verla así, feliz, con su hombre al lado, en el ambiente madrigalesco de la calle arbolada, cuya suave umbría en la magnificencia plateada de esa luna de Marzo, cobraba un inquietante trasunto de versallesca corte de amor. Juliana no sabía de Versalles y de amor muy vagamente,¹⁵ pero lo presentía, lo tenía muy al fondo de su corazoncito, ansioso de derramar la ternura atesorada, anhelante de transfusionarse con otro, de sentirse con otro y en otro...

Por eso echó culpa al calor de su rara efervescencia, cuando cuidadosamente plegado el vestidito blanco de los farbalaes vaporosos, al fondo del armario, casta la tela, cerrada en hombros y muñecas, abrió la ventana y se puso a soñar.

II

Juliana, ahora, a la tarde salía a la puerta; mucho se extrañó su tía, sabiéndola tan casera, pero no se hubiera extrañado al verla sonreír de seis a siete, al joven aquel, que rondaba la cuadra hacía una semana, taconeando fuerte y arrastrando impertinentemente el bastón. Lo vio* por primera vez al salir de una tienda, se sintió seguida y su corazoncito palpitó dulcemente inquieto. El flechazo había surtido efecto, así lo comprendió el mocito aquel del bastón, cuando resuelto, con gran haber de idénticos casos, se acercó meloso y rimó un madrigal. El tenue rubor de Juliana y la alegre sonrisa de sus ojos claros, soñadores y un poco estrábicos de ser* de amar, fué la respuesta.

—Está metida, reía el mozo con sus camaradas de café y contoneándose mucho, con seguridad de galanteador profesional agregó: «tres semanas y cosa hecha!».

15. Así en el original. A pesar de que la frase está incompleta, su sentido es claro: “Juliana no sabía de Versalles y de amor *más que* muy vagamente”, etc. [N. de E.]

¡Tres semanas y cosa hecha!

Así fué, tres semanas de «te quiero» «me quieres» «mi vida» «cielito» y todo el gracioso rimerero de diminutivos pasionales, luego el primer beso, dado en la umbría del portal propiciatorio, blancos los ojos de ella, desfalleciente, ansiosa de derramarse como un cáliz lleno de amor... impúdico él, acostumbrado al lance y a quien no llena la dulcedumbre exquisita del contacto, cuando el rostro virgen, puro de líneas, un poco grave cual un medallón antiguo, se inclina y brinda sus rojeces de ansia y sus palideces de vestal conturbada...

De beso lleno, dado y recibido de boca en boca, pasóse lentamente al manoseo canallesco que encharca la pura agua del cáliz, de aquel cáliz siempre lleno, que fué límpido y ansiaba derramarse de amor...

III

Y lo inevitable tenía que ser...

«Esclava del obrador», burguesita soñadora, aristocrática orgullosa...»

Todas... ¡Todas...!

Siempre la misma ansia, que se disfraza, se encarna, o en el tenorio vulgar, o en el muchacho leído, que miente y se miente, queriendo vivir en un sueño lo que es triste, lo que es inevitable realidad.

O en el patrón brutal, de instinto primario, que viola tras de una puerta a la pobre sirvientita, «Bichito tuzado» pasto del «niño» calavera o a merced del señor grave, que desciende a su labio joven, después de las horas del «Círculo», cuando ha hablado de política y de exterminar a bayonetazos a los cuatro «roñosos» «haraganes» que piden justicia... igualdad... fraternidad...

Todos...

Hasta el obrero de blusa azul, que los domingos gastando cuello, se imagina burgués y acude a la cita medio alumbrado, medio lúbrico, alejándose hacia el centro,

perdiéndose en un portal misterioso con la obrerita pálida que quiso tener bebés...

¡Todos!...

IV

Una tarde también Juliana se fué del brazo y con su hombre se perdió en una casa misteriosa...

Y lo inevitable fué...

Pobre Juliana... salió vacilante, un poco llorosa, mareada y en sus ojos, muerta la necesidad aquella de darse, de derramarse como un cáliz lleno de amor...

Ojitos soñadores, otrora estrábicos de dicha, hoy estrábicos de desilusión...

.....

El la dejó en la esquina. Con un seco «hasta mañana», se fué; quizás no era culpable...

Juliana, lo miró alejarse, estremecida*, dolorida y, cosa extraña, no lo odió, lo sintió ajeno a su destino al punto de no recordar ni su nombre... Comprendía recién ahora la fatalidad triste de lo inevitable; necesitaba darse y se dió, toda entera, plenamente, serenamente...

.....

Sin embargo, cuando plegó a la noche el vestidito con farbalaes arrugados, lloró sobre él, emblema que fué de esperanza, el tesoro desaparecido y se sintió vencida, anulada tras la última rebeldía licuada en una lágrima y mirando el jardín, aquel jardincito humilde, con más coles que flores, teatro del idilio trunco, sintió como nunca:

«Una duda amarga sobre el pensamiento
y un ensueño muerto sobre el corazón».

EL DESCENSO...

*Atreverse a decir que el instinto se
engaña es una de las pretensiones
de la razón poco razonable.*

Remy de Gourmont.

Al amigo Cenedese, poeta y lírico.

I

Junto a la ribera del Paraná en el Entre Ríos legendario de hazañas y caudillos, un rancho humilde erguía sus totoras ruinosas ya, por la acción combinada del tiempo y de las lluvias.

Viejo gaucho don Lisandro, vivía la monotonía de su senectud, trezando y destrenzando viejos aperos, que parecían comentar en la ruindad de la contextura apolillada, la épica canción de sus triunfos mozos...

Canción que se recogía a la vera del ombú protector, alma amiga, trepidando en la sinfonía del viento. Himno gigante que entonara a los veinte años el viejo gaucho alzado contra la opresión del mandón ensoberbecido o aullaba la monoritmia del canto fratricida en la cruenta lucha civil, cuando cimbreante la tacuara firmaba a lanzasos* el nombre de una diputación.

Y al descenso de la vida, el sol del alma, se hundía lentamente con simplicidad senil hacia el ocaso eterno, mientras incansable trasegaba mate tras mate con Dora, su hija, flor de tierra brava, cardal sin espinas, clavel del aire rumoroso, joya y luz natural, hija suya y muy suya! recia hembra, tan criolla!

Gérmenes de ruda ancestralidad había en las venas mo-ciles: aquella vasca que fué su madre, fiel como un perro a su «hombre», que murió estrangulada por sus propias manos, apenas nacida Dora, antes que sucumbir a la concupiscencia* del político aquel, que mandara a su gaucho querido a conquistarle a bote de lanza un nombramiento electoral, mientras su codicia satiresca soñaba abismarse en la lechosa claridad de la carne, sabrosa y palpitante, henchida de vida y vigor salvaje, de la puerpera...

—Reciedumbre de hembra fuerte, pilar de los Pirineos, sangre de Pelayo pura, ¡Ah hijuna! Como gráficamente comentó el gaucho robado en su honor y en su confianza sencilla. Y con su hijita en ancas, al tranco, despaciosamente, vencido, aplanado legendario y gigantesco, rompió la lanza y se fué a hacer el cubil, hecho fiera salvaje, en el pajonal bravío, menos avieso en las puntadas que la civilización ladrona que sintetiza el político aquél, sin sangre y sin entrañas...

Por eso allí, entre el bañado, rico en patos y en nutrias, carne y abrigo fácil, vivía el gaucho vencido, triste despojo de lo que debió ser y que no fué, por esa misma fatalidad que agachaba la anciana cabeza, bajo el yugo de «el destino quiere», frase renunciativa en la que se pintaba íntegra la modalidad de la raza, el dejo fatalista, musulmancia que bullía en su ancestral sangre española. Y Dora, la hija del amor fuerte y fecundo, vivía la vida cerril, contenta y dichosa, sin más atavíos en su ignorancia de mujer aislada; que el modesto percal que el «turco» dejaba de cuando en cuando, en la puerta del rancho, ante el trueque primitivo, moneda sin doblez, de cuatro cueros vacunos, logrados en la carneada sigilosa de las bestias alzadas. Reconociéndose en ello, la última modalidad de la raza gaucha, el materis-

mo siempre en acecho, que paladea la fruición salvaje de robar al patrón «gringo» por que* él robó a su madre: la naturaleza.

Y Dora vivía la vida, sencilla y ajena a todo lo que no fuera correr y saltar junto al bañado; niña grande, golpeándose la boca en gritos salvajes, única canción, armoniosa en su boca granadina, que la moza conocía. Alboreaba puber su cuerpo de diosa, la bóveda perfumada de su seno se hinchaba potente y pujante de vida, glorioso en la demarcación nítida de pomas sabrosas. Bella hija de la tierra fuerte, alta y erguida, sutil y cimbradora la cintura menuda, recia la pantorrilla, envidia de Diana si la descubriera, veloz en la carrera loca, cuando tras una mariposa, descubriría íntimos arcanos con la santa inocencia de la que lo ignora todo, mientras rodaba en la loca persecución entre un matorril salvaje, junto a un naranjo en flor, cuyo intenso olor de dulzura, iniciaba en su almita blanca, tímidos balbuceos de algún querer imposible, una estrella quizás* o algo sin contornos nítidos... inexplicables...

Y ese algo inexplicable que así agolpaba su sangre espesa, que así cegaba sus intensas pupilas morunas con relumbramientos de imágenes vagas e imprecisas, pero todas de color de rosa en la dulcitud turbadora de un presentimiento de goce, llegó un día.

.....
.....

Un día... quemaba el sol inexorable y el pajonal tras la ardiente caricia parecía un ancho mar de oro.

El Paraná, balsa de aceite, ondulaba a ratos voluptuosamente cual el seno de una sultana su terzo* horizonte y el sol sobre él, refractándose múltiple, semejava una lluvia de trocitos áureos bailando un ritmo armonioso.

Dora, en lo alto de una loma, se entregaba toda entera al sol... el percal parsimonioso apenas tapaba la rodilla perfecta y las pantorrillas desnudas tenían en la caricia arrojadora, brillazones tibias de tonalidades morenas.

El cuerpo dibujábase plenamente en el marco luminoso, proporcionando el busto, ampliamente dilatado hacia la cadera, que en suave curvación, loma de deseos, anunciaba la hembra fecunda, como próspera era la tierra donde su añorado pie se asentaba...

El negro intenso de sus cabellos, que una brisa sutil ondeaba sabiamente, acariciaba en la sombra reveladora la abismal oscuridad de sus ojos, donde brillaba una espera tímida, un deseo intraducible, un fuerte instinto de hembra ignorante aún del celaje de un dueño. Así, Dora, con los brazos extendidos se entregaba al sol, inconsciente y feliz, sabiéndose calentada y requemada deliciosamente en toda la piel, como en consonancia con el quemor íntimo que no comprendía, pero que sentía palpitante, electrizar todos sus nervios, en la caricia de su amante regio, el sol generoso que en la gloria de su cuerpo se erguía triunfal...

De pronto un rumor de remos, la despertó de la entrega inconsciente. Sobre la franja del río que entreveía, un bote avanzaba alígero al vigoroso impulso de sus dos remos manejados con furia. Curiosa, asombrada al ver la embarcación en esos lugares siempre desiertos, irguióse en la punta de sus pies y contempló atentamente. Un mozo joven lo guiaba. Pareció éste darse cuenta de la atención que despertaba, pues viró de largo, allegándose a la costa... a poco trecho se detuvo... las miradas se entrechocaron y cuando Dora volvió en sí, comprendió con su intuición de salvaje que lo había dicho todo. Con presteza el joven se acercaba, Dora ingenua lo contempló a su sabor, bebiendo la imagen corpulenta que el esfuerzo del remo dibujaba en los bíceps formidables. Una ligera blusa blanca caída sobre su pantalón marinero se hinchaba en la forja de un busto ciclópeo sobre el cual el cuello emergía turgencias masculinas, de recios tendones, que se suavizaban en la nuca blanca con estrías oscuras, rastros de manchas de sol...

Dora lo veía llegar anhelante, silbante la respiración, el seno palpitando con tibieza perfumada, entre el loco ritmo del corazón que se abría de ansia, guardando la imagen vigorosa.

Un salto y presto voló a su lado el mozo. Dora sin volver de la embriaguez extraña que la poseía, sintió su mano presa. Un violento resurgir de su atavismo de hembra bravía hízole levantar la diestra en ruta a un recio golpe... golpe que murió laxo en la infinita dulzura de una caricia lánguida, que aterciopeló de aroma salvaje la tosca brutalidad del cuerpo atlético...

—China, murmuró el mozo con voz cantante, chinita te quiero!

—Yo también, respondió casi muriendo Dora, ausente al tiempo y al lugar, presa de toda* el ansia pasional de su ascendencia...

El chasquido fué tan intenso que una pareja de mil colores huyó espantada... se besaron en el fondo de la boca... el mozo incansable bebía la vida y el alma en la boca granadina, crátera infinita de dulcedumbre, salmodiando muda, con la sola hesitación del labio rojo mil nuevas ediciones del Cantar de los Cantares...

—Quien* sos, preguntó suspirando Dora, con un suspiro voluptuoso más dulce que un beso.

El no respondió.

Se sentaron en la hierba, como no pudiendo resistir el peso de tanta felicidad. Muy juntos, rodilla contra rodilla, muslo contra muslo, el intenso calor del dulce cuerpo se confundió con el del atlético que temblaba como afiebrado...

—Quien* sos, volvió a musitar Ella.

—Me llamo Pablo, vengo de lejos... nací no sé dónde... vengo de lejos... muy lejos... vivo solo... no sé dónde... no se* más... no me preguntes... tengo veinticinco años y te quiero...

—¿Pero quién sos...?

—No sé... sólo sé que te adoro...

—¡Pablo!

—¡¡¡Amor!!!

Las palomas de Citérea auspiciaron el sacrificio. La tierra mojada desde el día anterior por un recio lluvarrón*, se secaba lentamente en la ardencia tropical del sol... Subía

un humus tenue, vago, vapor de deseos, era como si la tierra deseosa abriese su entraña palpitante para la cópula gigantesca con los rayos igneos*...

El vapor subía, ascendía con lentitud, tenido por las retamas que desfallecían también, lánguidas como cuellos femeninos... el vaho tenía un olor sanamente viril de semen auspiciando fecundidad...

El Paraná dulcemente cantaba una cantilena, arroró* de amor, parecía mecerlos...

Pablo se sintió desnudo con su pantalón blanco de remero... Dora se sintió desnuda con su percal parsimonioso...

Hubo entonces un dúo apasionado... las palomas de Citérea parecían danzar la albitud de sus alas ante los ojos estrábicos de pasión...

La infinita, múltiple, universal lengua del beso, cantó la epifania* gloriosa y el ritmo acelerado entrevió abismos delectosos, tibiesas* perfumadas. Y fué el dínamo que movió el orgasmo el beso de fuego dado entre dos senos mansos, acesibles* al rescoldo del cuerpo que abrasaba...

Inocentes y fuertes se amaron con toda* el alma y con todo el cuerpo...

La tierra, ébria* de eternal y santa lujuria se entregaba más y más a la cópula olímpica del sol y el Paraná allá a lo lejos cantaba su cantilena sedeña... arroró* de amor.

II

—Pablo, ¿me vas a querer siempre?

—¡Sí, Dora!...

—Quédate entonces con nosotros. Cazarás y vivirás en el rancho. Tata es bueno. No dirá nada. Nunca habla.

El mozo se sintió turbado, la extraña ancestralidad que le hacía ermitaño se replegó asustada, sin embargo, acertó a decir:

—Sí, nena; todo lo que quieras soy tuyo... estoy tan lleno de ti!

La suave languidez fué decreciendo. La tierra exausta* y como no conformada parecía aguaitar un germen imposible...

—Pablo...

—¿Qué?

—¿Me amas?

El beso fué respuesta. Tras una cascada rutilante se inició un nuevo combate. El pelo destrenzado, salvaje y desnuda, morena toda, era la fecunda imagen de la vida fuerte, intensa, plena y buena...

El la sintió palpitar, ébria* otra vez y al palparle tembloroso las caderas las halló anchas, abiertas, en curvación gozosa cual un camino blanco a la fuente del placer y de la vida... y fué allí donde toda su masculinidad se hundió potente, llevada por el sacrosanto instinto de la reproducción de la especie. Potencialidad ardorosa, el germen se perdió candente, todo entero, intenso, enorme flujo de tierra viril y humus de entrañas pletóricas. Fué una vida y otra vida que fundidas en un egoísmo sublime, germinaron nueva VIDA!!!

Las palomas de Citérea agitaron sus alas. El sacrificio a la diosa se cumplió tres veces largas...

La noche los sorprendió, lánguidos y dichosos, voluptuosamente reclinados seno contra seno y el calor primero, metamorfoseado en suave laxitud, no los dejaba ni hablar... ¿para qué? ¿si lo habían dicho todo!

Sólo Dora ahora parecía comprender confusamente su destino... de ahí los besos tibios, tímidos, casi maternos, con que parecía consagrar su sumisión de hembra sencilla, condenada ya, al perder su independencia física, a la resignada vida de bestia de carga.

Sin embargo, aún vivía, la poesía del anterior encuentro, ya que la mejilla tosca en el terso, perfumado pecho acariciaba la dicha y la transfusión de las almas ahora, como antes la del cuerpo, parecía conjugarse con la aquiescencia tácita de la luna, que los regaba de plata sonriendo...

Pablo se levantó.

—Me voy dijo.*

—Te vas Pablo,* musitó llorosa Dora.

—Sí, repuso Pablo, pero he de volver, voy al rancho lejano, busco el poncho y el malacara, luz de mis ojos!... esperame, y partió tras un intenso beso tan intenso y tan hondo que las almas se miraron...

Bogando silencioso, aplanado bajo tanta dicha, pero inconsciente vencido de su ancestralidad andariega, de su trashumanacia de raza y se perdió en el horizonte...

III

Dora lo esperó confiada; todos los crepúsculos la vieron, de pie, erguida, errabunda la mirada hacia el marco final que dibujaba en el horizonte el Paraná, en la misma loma de donde le* viera llegar...

Un día se sintió madre... el sacudimiento en su seno la entristeció, pensó en la triste existencia de los «guachos» en las estancias vecinas y sintió ganas de llorar. Se fué a la loma y, como siempre esperó, pero nunca como esa tarde fueron tan tristes sus miradas errabundas hacia el Paraná, cinta de plata que parecía culebrear irónicamente...

Un mes después, en una tarde radiosa como aquella inolvidable, esperó fija, inmóvil, enhiesta, hierática sobre la loma, pasó el día, y el otro y el otro, y ella ya desfalleciente en el suelo, extrañamente huraña, absorta tras el horizonte no oía los llamados angustiosos del padre que el eco repetía burlonamente.

Al cuarto día desfalleció por completo... a la madrugada murió tristemente con una última mirada, errabunda tras el Paraná de donde le* viera llegar.

IV

Quince días después el viejo gaicho don Lisandro la encontró sobre la loma, muerta, descarnada ya por las

hormigas, putrefacta, roída por las aves, dentellada por los cuises.

—¡Hijita!

El viejo gaucho expurgó la última lágrima que le quedaba, rodó lenta y cayó en la cuenca vacía de su hija, allí descompuesta por un rayo de sol, parecía una extraña mirada, errabunda tras el Paraná de donde le* vió llegar...

El viejo la envolvió, silenciosamente amoroso en su raído poncho y la enterró junto a un naranjo descarnado...

El cierzo lo vió volver y en la tapera ruinosa, sin una voz y sin un perro, tristemente, misteriosamente triste, hundió su fatalismo en el trasiego de mate tras mate...

Y allá a lo lejos el Paraná seguía cantando su cantilena sedeña, arroró* de amor...

LA BIEN PLANTADA

Cercenemos, suprimamos el vestigio de la inteligencia especulativa a fin de enardecer las potencias elementales de la vida: la salud, la fuerza, el coraje, porque la vida es ante todo una mera manifestación biológica.

Ramón Pérez de Ayala

A Lorenzo Stanchina, que tiene de la mujer un concepto troglodítico de hombre primitivo.

I

Federico la volvió a ver pasar, tan cerca que casi la tocaba y tan provocativa en el doble meneo sensual de las caderas, amplias como doseles, que hacían imaginar un lecho de amor.

Y volvió a oír la voz del amigo:

—Animátele, hombre...

Era en el cuartucho de Francisco. Estudiantes troneras, mal hablados, quisquillosos y locos, compartían a medias aquel refugio, rectángulo informe de maderas mal aserradas, donde reposaban sus alegres humanidades, entre una Pandecta enmohecida del poco uso y una enorme cantidad de puchos. Además el polvo, mucho polvo y una nota de color, rompiendo la uniformidad incolora del cuarto bohemio: la serie de ligas, brillante policromía, rasgo original, mezcla especial de sensualidad y devoción a la belleza, a

la que rendían culto, guardando de cada visitante de una noche, la liga, como un misal profano que sellara en nostalgia, las dulzuras que gustaron en aquel lecho de sábanas grisáceas, erigido en trono de citéreas de dos pesos.

—Animátele, hombre; volvió a escuchar el consejo que paternalmente casi, dábale su camarada Francisco.

—Es... que no quiere... argumentó Federico.

Se echaron a reír.

Pero, así era en efecto. La rubia lánguida aquella*, que cuatro veces al día meneaba sus amplias caderas, en el corredor que daba frente a su cuarto, al pasar para bajar al zótano* donde trabajaba, era notablemente arisca con los dos muchachos.

Lo había jurado Antonia, lo había jurado en su jerga arrabalera de muchacha de fábrica y de «milonga», más de milonga que de fábrica.

—¿Con usted?... ¡nunca!..., era la síntesis de su rezongo, ante las insistencias del mozo. Y así era en verdad: Antonia despreciaba profundamente a Federico, lo despreciaba como recia hembra que era, por raquítrico y odiaba intuitivamente a* la cultura que en él entreveía al rociarla con sus piropos, flúidos* y armoniosos*, tan lejos del requerimiento brutal de los changadores y zapateros con quien ella se acostaba.

Lo despreciaba, gozándose de ello, empeñada en exacerbar sus deseos, haciendo ondular para tal fin, sus combas triunfales, como un reto, como un desafío de hembra bravía, que antes que ser poseída, quiere ser disputada a puñetazos, a dentelladas, a puñaladas si se da el caso, para luego, sumisa y casi casta, humillarse al estrujón del vencedor, que insolente y sin tapujos, revolotea al hembraje de los bailes suburbanos, haciendo empalidecer de rabia a los aprendices de matones con su gesto moreiresco: cacareo de gallo espolonado sobre la polla blanca.

Ante el recuerdo de la fuerza y de las hazañas de su machos, Antonia despreciaba aun más a Federico; verlo así, que daba risa, alto y esmirriado, de camisa tan pulcra, hundiéndose en el pecho flaco, las manos tan blancas, tan

pálidas, con esa extraña red venosa que se les* hacían repugnantes por lo desconocidas...

—¡Vaya con el mocito!... que se afilara a la espárrago del 38... lo que ella... ja... ja... que se aguante...

Pero Federico continuaba asediándola de cerca, a seguirla por las oscuras callejas del barrio, a rozarla con todo el cuerpo tenso de lujuria, a rodearla, como por un vaho, con la exaltación de sus deseos, intensificados, agudizados, espiritualizados, en el piropo galante que sin cesar vertía.

Y todo inútil; siempre la misma mueca desdeñosa, siempre el mismo gesto picaresco, subrayando la frase.

—Puah... ¡a bañarse, tísico!...

II

Reverberaba un fuerte sol de Enero, el bochorno de la canícula aquietaba todo rumor en la casa. Un perro flaco y peludo, se expurgaba de piojos tranquilamente al sol. El gutural chirriar del torno de abajo, perpetuamente en movimiento, era la única nota de vida en el lugar, algo así como un sístole acentuado del trabajo.

Federico, aligerado de ropa, en chancletas y con el cigarrillo en los labios, ojeaba con displicencia entre bostezo y bostezo, un tomo de áridas cuestiones de derecho administrativo. Insensiblemente, la imaginación bordaba sobre la página un comentario muy lejano al tema de la misma. Pensaba dolorido y humillado en Antonia. Era como una obsesión* tiránica. Al recuerdo de la opulencia jocunda de aquella feminidad, barbotó inconsciente, estremeciéndose* de ansia.

—¡Ah!, si ella quisiera...

Se levantó desganado, asomándose junto al quicio, el rumor de unos pasos que él reconocería entre mil, lo sobresaltaron con violencia. En el compás de espera que se marcó entre su ansia y los pasos que subían, percibió que el orgasmo, frenético, le burbujaba* la sangre. Era como un acalambamiento que, con suavidad primero, violento

después, le recorría con fríos sudores todo el espinazo, mientras su fiebre se replegaba hacia las sienas que latían tumultuosas.

De pronto, el descanso de la escalera se llenó gloriosamente de luz.

Era Antonia, que salía del taller en dirección al urinario.

Estaba llena de sol, empero una delgada línea de sombra, vaga y azulada bajaba de la nariz altiva y de anchas alas palpitantes, hacia la barba carnosa, con una ligera papada, que aunque apenas perceptible hacía picaresco el esguince de los oyuelos, insinuados leves en las mejillas lechosas, tan mal cubiertas de polvos de arroz, que las rojeces de su salud aldeana, semejaban puntaciones de frebicitante.

Federico pareció bebérsela con sus ojos saltones. Ella, se detuvo, algo inquieta ante la mirada loca, pero se repuso de inmediato, provocando con su mirada y con su cuerpo hermoso, acentuado con un alzamiento brusco de hombros que onduló con suave violencia las combas turbadoras, mientras depresionándosele a mitad su corpiño, evidencióse la ola carnosa del pecho ubérrimo.

Subía pausadamente, deliberadamente lenta. Un efluvio sensual parecía ascender con ella, magnificándola* toda, haciendo de aquella robusta hembra una Juno majestuosa.

Federico le cerró el paso. Con voz entrecortada, dilatada la vista, distendido de músculos, le expuso una y otra vez con terquedad de borracho, su deseo; ella se rió, impudicamente tranquila, luego, como una hermosa vaca ante un insecto que sueña cerrarle el paso, atropelló para pasar. Al contacto de la carne ascendiendo tras de la escasa tela, casi en flor, sudorosa y toda llena de un vago e inquietante olor a establo, a lejía y a mujer, se enloqueció Federico; sus manos al azar, con brusquedad temblorosa asieron brazos, piernas, torso, la levantó casi en vilo, arrojándola tambaleante dentro de la habitación. Hipando de asma y de impaciencia cerró la puerta de un brusco puntapié. Ella desconcertada de lo inopinado del ataque, se revolvió con

torpeza. Apenas si tuvo tiempo a* cuerpear a medias al estudiante que con la cabeza baja daba una carga.

Se defendió hábilmente, con certeros y largos golpes llenos de una graciosa fiereza, pausados y terriblemente seguros, con seguridad de mujer que sabe de esas cosas.

Federico multiplicaba su acometividad inútil, excitado por completo en los contactos violentos que ella hasta lo prudente alargaba con mimosidad de gata homicida. Y lo volvió loco, rugiendo de desesperación, llena la boca pastosa de blasfemias y de inarticulados sonidos.

Antonia triunfaba tranquilamente, lo azuzaba corriéndose hacia un extremo y al allegarse él, de un puñetazo tras una hábil zancadilla que hacía honor a su prosapia conventillera, lo derrumbaba contra los muebles.

Aturdido de dolor se arrastró un momento, luego se asió de las faldas tironeándolas con fuerza. De un papirotazo, ella se desprendió, entonces Federico, en último esfuerzo se agachó bajo ellas, deslizando las manos sobre las pantorrillas, lineadas en curvas gentiles como ánforas.

Ella lo dejó hacer un momento, vencida a su vez por aquel buceo íntimo que hacía bullonear su sangre en loco ritmo sensual, pero cuando Federico, creyéndola aquiescente, ensayaba tumbarla sobre el suelo, le pegó tal feroz puntapié que, hundiéndole el tacón en plena frente, lo tiró de espaldas,* Súbito abrió la puerta, pasando para ello, sobre el cuerpo mísero, que en la eclosión de su carnalidad se derramaba miserablemente.

La claridad la diseñó toda, como desnuda en el marco luminoso de su cabellera áurea. La línea, cada vez más triunfal de sus caderas, estremecíase* en un impulso irrefrenable de entrega, impulso que despertó la silenciosa y bárbara lucha anterior.

—¿Por qué no quiere? — Sollozó* Federico.

—¡Porque no sos macho!

Federico vencido, supino, aniquilado, calló. Luego asomóse a la ventana y la vió correr hacia el taller, entrando en la dependencia de los hombres. La vió asir a uno,

que boquiabierto la siguió, en tan pleno desconcierto que arrastraba con él un tablón que estaba aserrando.

Pasaron junto a la puerta y el estudiante volvió a ver la mueca de desprecio inexorablemente acentuada por una risa franca de Eva victoriosa.

Abalanzado hacia la ventana siguióles* con la vista, Antonia, juntando con brutal ternera al hombre contra sus caderas descendía lentamente, dificultosos en la marcha, por hallarse próximos, casi apareados. Hundiéronse tras un recoveco que hacía un montón de trozos de lona inservibles. Al poco rato, se vió agitar entre los trapos, cosas blancas, podrían haber sido lo mismo piernas que alas...

Cuando volvió el compañero de pieza, se sorprendió encontrar* a Federico, acurrucado en el suelo, llorando, hipando y moqueando ante una liga destrozada, igual a un niño a quien le hubieran roto un juguete...

RESURRECCIÓN IMPOSIBLE

Como se ha de soportar el dolor de vivir, he ahí el problema.*
Nietzsche.

A Ernesto Demarco.

Grave señor ya, de treinta años arriba, casado y con dos angelitos rubios que adorablemente trinaban papá!, era Roque.

Despejó la vida, el cráneo, antes abundoso de lírica melena, como asimismo despejó las rimas que bulloneaban en su corazón al mágico hervor de los veinte años poéticos.

Se había transformado por completo. El, que antes llamaba beocio y otros epítetos más despectivos si cabe, al que en caza del ochavo, no sabía ni sentía de sentimentalidades de lira, ahora comulgaba el credo «pancista» afanándose como el mejor en su culto reverente a Mercurio, marcando la apostasía a las nuevas musas, el opíparo sueldo que gozaba al frente de la gerencia de un banco industrial.

Y en plena burguesía de bolsillo y de estómago buen padre de familia, con amistad cariñosa a su anodina cara mitad, vivía en la relatividad feliz, del que a seguro de la vida, paladea sus encantos egoístas. Adiós, pues, en su vida actual, las angustias primeras de su mocedad, adiós aquella* ansia secreta de triunfar, de poseer la gloria, jinete en

Clavileño, armado de la péñola creadora de belleza y de emoción.

Náufrago de aquel ideal estético que amamantara sedosamente su juventud, sólo un curioso avatar del mismo resurgía, al admirar las líneas confiteras de los pasteles, con que su buena esposa regocijaba su incipiente vientre de señor de posición formal.

Sin embargo, aquel día Roque, al salir de su oficina, bien ajeno por cierto a lo que le iba a suceder, sufrió una parcial resurrección de su ideal juvenil.

Se operó en forma del retorno al pasado.

Fué en una confitería. Un compañero de oficina invitó, al salir de ella, con un aperitivo. Sentados ante una mesa, en la cual sendos vasos de licor, confundían su beatitud dulzona, con la del ambiente, tranquilizado en esa hora, del hondo tragín* urbano. El compás de espera que en la actividad del día bonaerense, de seis a siete, márcase, cual un respiro momentáneo al furioso jadear del afán colectivo, encontró a Roque y a su acompañante, bajo los arcos voltaicos del bar, junto al ventanal, viendo desfilar, la caravana diaria y eterna de las aceras, llenas de mujeres, hombres y cosas. Había un romanticismo grato y sensual en el encanto gris de ese anochecer, una sutil neblina que esfumaba las gentes y los frentes de las casas, rompía su vulgaridad en esvanecientes* líneas soñadoras. Y Roque sintió entre esa hora, indefendible; un encanto de cosas muertas subía a su corazón, envueltas en la gratuita* orgía de belleza que dábbase, contemplando las bellas caritas pálidas de las modistillas que pausadamente pasaban ante la vidriera.

Ante la suave placidez que de la contemplación de las siluetas gráciles fluía, Roque sintió una vaga añoranza de cosas viejas; su corazón, igual a un cofre dentro del cual hubiese tesoros sentimentales, cartas de novias lejanas, flores secas, retratos amarillentos, cabellos rubios o negros o castaños, subía a sus labios ente un añejo perfume de cosas marchitas. Gustó el acre placer de revivir horas inolvidables y como eje emotivo de todo su pasado, que fué soña-

dor, evocó la dulce figura de la Bien Amada, de Clara, la querida tanto, la siempre esperada, la dulcísima visión de paz y de belleza de su juventud, toda bondad, toda ideal.

De pronto parecíale que la visión crecía, que se humanizaba, envejeciéndose un poco al encarnarse tan patente, pero era ella misma. Clara, su Clara! de antaño. Tuvo como una conmoción, el amigo que lo acompañaba advirtiéndola y achacando su origen a otro muy distinto, dijo picaresco:

—Linda mujer, ¿no es verdad don Roque?

Este no contestó. Pero volviendo lentamente a la realidad, se sorprendió fuertemente. ¡Cómo! ¿Era ella? La misma Clara, la que estaba frente a ellos, casi tocándolos, mirando sin ver, abstraída, sola, hermosa como nunca? Su mente no quería creer lo que sus ojos veían.

Preguntó al amigo:

—¿Quién es?

—Es Clara, repuso éste, una del cabaret de ahí enfrente, y agregó con displicencia, la conozco mucho.

—¿La conoce?

—Sí, he bailado con ella muchas veces.

Roque meditó profundamente conmovido. ¡Oh! hablarla, renovar de nuevo aquella dulcedumbre exquisita del amor primero! Saberla de nuevo junto así*, como antaño, loca de amor, casta de deseos, pura y única, alta y anhiesta* en el altar de su ensueño y de su estro!

—¿Preséntemela, quiere?, rogó Roque a su amigo.

—Con el mayor placer.

El amigo se acercó a Clara, conversó con ella un minuto en voz baja, luego se vió a ésta levantar los ojos y súbitamente reconocer a Roque.

Se estrecharon las manos sin hablar. ¡Oh! El mundo de emociones que tumultuoso giró a su alrededor. De tanto que tenían para decirse no se dijeron nada. El amigo un poco sorprendido murmuró con doble sentido:

—Bueno, los dejo solos, que les vaya bien, y se eclipsó sin que ellos lo notaran.

Hablaron muy poco, pero fué un descubrimiento. Las almas subidas a los ojos se miraban confiadas y en la mesa

trivial de aquel bar, sucedióse todo un hondo poema de amor y de recuerdo.

Las manos enlazadas traducían en suaves presiones, todo el hervor que anidaba en la resurrección de aquel pasado, maravilloso de poesía juvenil, pleno de esa alegría que siéntese sintiéndose vivir.

Prometieron verse. En el último apretón de manos que se dieron había como un sello, tácito común acuerdo, de revivir aquel límpido poema lleno de intraducible emoción, que arreboló de gozo, casto y sencillo, las primeras impresiones de la vida a vivirse.

Y aquel día, a pesar de que la esposa de Roque deseosa de lucirse, habíase esmerado más que nunca en la confección de sus célebres pasteles, éstos languidecieron intocados en la fuente, declarados, con estupefacción de la hacedora, incomibles. Era que un divino manjar, como que lo escancia un hijo del Olimpo, el Amor, llenaba vísceras, cerebro y corazón de Roque, en un florecimiento pasional que albergaba nuevos ruisseños en toda su alma.

¡Ah, la loca música de la resurrección! ¡Hosanna y aleluya y marcha triunfal! Que parecía ser cantada a grito pelado por las redivivas pupilas soñadoras... atolondradas en lírico estrabismo de felicidad.

Rejuveneció aquel encuentro todo, hasta aquel vicio primero de su juventud, el de alinear palabras que sonasen. Así se vió a Roque, con más de un grave detrimento en contra a un balance, enristrar frases para hacer un soneto, lamentable y cojeante, dado el enmohecimiento sufrido en la lira, pero verso al fin!

.....

Roque había visto a Clara el lunes, el jueves aquel mismo compañero le dijo:

—Sabe don Roque, he visto hoy a Clara, me ha hablado de usted tan entusiastamente, que yo la convidé para el domingo al Tigre, con su amiga que es asimismo mi amiga. Usted será de la partida, no es verdad?

—Con mucho placer, repuso éste.

Llegó el domingo y fueron al Tigre.

Junto a la ribera les* esperaban ya, Clara y su amiga, una francesa oxigenada escandalosamente.

El amigo obrando con cordura, propuso la partida por separado, con un oportuno:

—Ustedes tendrán tanto que decirse...

Y llevándose a su rubia se alejó por una alameda.

Quedaron Roque y Clara frente a frente, mirándose de hito en hito, un poco ruborizados de la complicidad muda de aquel tupido follaje, de aquel brazo de ría aislador, susurrante, musicando nostalgias, haciendo romanticismo.

Comenzaron a hablar, de a poco, suavemente, balbuceantes casi.

«*El te acuerdas...» volvía una y cien veces a los labios, supremo recurso de la conversación languideciendo.

Y era así. Agotados los escasos recuerdos perceptibles, ni mentados los más dulces, aquellos que por su misma nebulosa sentimental son más caros, esos que nunca se dicen y siempre se sienten, esos que dejan al pasar, no ya un recuerdo en que el trueque en palabra sea hacedero, sino un leve trazo, aroma indefinible, esfumación rosada de embeleso empapada en querida tristeza.

Como para insinuar en la conversación un tema infinito, antaño inacabable, ella mentó poesía.

—Te acuerdas, dijo, te acuerdas de tus poesías, de aquel cuaderno, ligado en tela azul con broche dorado que me dedicastes* el día de mi santo?... Aquel cuaderno...! aún lo conservo; voy a él a veces como sedienta, a calmar una sed absurda, un anhelo de alma, palpitando de algo puro sobre las cruentas miserias de mi vivir!...

Roque terció en un gesto indiferente. Clara lo advirtió espantada, comenzándolo a ver tal como era. Lo adivinó vencido, gastado, hecho roce para prejuicios, hecho molde para moral mezquina al uso colectivo, al igual de una barandilla donde el deslizar leve, pero diario de manos y manos, van engrasando, haciendo escurridiza.

Y adivinó el alma, el escaso resto de alma de Roque.

En efecto, la vida y los hombres deslucieron el áureo barniz de su primitivo lirismo, y ante la grave calva incipiente y ante el obstinado vientre redondo, lo supo como todos, como los que trataba, almaceneros, burgueses, empleados...

He* intentó un último acicate.

—Mira Roque, continuó, este librito, lo compré antes de venir como por una adivinación. Son bellos versos de un poeta nuestro, de Mario Bravo. Toma, y le tendió el manojo de poesía.

Roque lo ojeó distraído. De pronto leyó con atención, luego repitió en voz muy baja:

...todo eso es muy triste, pero hay algo más triste
la vida derrumbada por el tiempo, al abismo
la juventud, la novia, la ilusión, la alegría
y el llegar cada noche por el mismo camino
hasta el hogar en sombra, con fatal certeza
de vivir una vida que no es la que quisimos...!

El verso le dió audacia. En un arranque de sinceridad la* habló, le habló mucho, tristemente, tan tristemente como su vulgar vida, como ese verso triste.

—Mira Clara, la vida nos fué puliendo y nos fué gastando; si bien ahora tengo unos pesos en el banco y un nombre respetado, un empleo como, sin zozobrar para el porvenir y un diario vivir sosegado, es todo ello, triste compenso a mi juventud perdida estérilmente, a mi ilusión marchita, a mi dulce imagen de noviecita muerta.¹⁶ Es el derrumbe, es la desdicha suma, es el suplicio infame por innotado, de convencerse y disculparse el saberse usado, usado como un guante, de sentirse vencido por la vida sin haberla vivido... Oh! tu* misma que creíste ilusa en una resurrección!, el pasado no vuelve, mírate sinó*, impiadada, serenamente, con la serenidad de lo incontestable en un espejo, en el espejo veraz de esas aguas. No te ves vieja, casi fea, extravagante de afeites y carmines, lívida empero

16. Así en el original. A pesar de lo atípico de la sintaxis, el sentido es claro. [N. de E.]

como una muerta, con esa pata de gallo ruín que te avejenta cien años, que te hace momia, estrafalaria, obsesionante*, casi carnavalesca sinó* fuera tan triste, pese a tu traje primaveral que no disimula siquiera tu insufrible olor de noches blancas, de afanes vergonzantes, de mesquindades* horribles... Y tu pobre escote, tu escuálido escote de hembra de lazareto, casi pustuloso, agrietado, revelador* a mil ojos implacables, de tu canallesco ambiente, tu café de camareras? Y yo? Y mis cabellos huídos? Y mi gota ya crónica? Y los lentes que velan mis pupilas muertas, estúpidas, inexpresivas, como de buey?... Somos viejos, lamentables, con vejez de alma superior a la del cuerpo, llenos de una inmensa repugnancia a molestar nuestra somnolencia egoísta con alguna quijotada, hecha polvo toda ilusión, todo anhelo ascensional* hacia lo azul...

Clara anodadada no contestó, Roque como con último retoñar de un gajo tierno la tomó de las manos, acariciándolas, como se acaricia una imposible esperanza...

Viéndose a la verdad al lado, callaron, velándola mucho tiempo, ¿cuándo?,¹⁷ no supieron nunca. Sólo la tristeza única de aquella revelación inexorable, les dió a conocer después con su frío de lápida, asfixiando un resto de sol en el alma, la tragedia que desentrañó el recuerdo en esa tarde dorada de Primavera.

III

El amigo y su francesa los despertaron de su sopor de duelo, con bullicio loco, lleno de banalidad insultante de aquel dolor, que no imaginaron siquiera, que no podían imaginar, pues ellos más cuerdos no filosofaron de lo infilosofable y no exigiendo de la vida más de lo que buenamente quiera dar, ante una mesa pródiga y un lecho amable, olvidaron durante dos horas, la cruel farsa del vivir cotidiano*.

17. Así en el original. Sin embargo, parece claro que debería decir: “velándola mucho tiempo, ¿cuánto?”, etc. [N. de E.]

Se separaron en el andén. Un apretón de manos y nada más, como si nunca se hubiesen visto, como si no hubieran de volverse a ver.

Y camino a su casa Roque, sintiéndose con el peso de una tristeza antigua, con la espina de una ilusión marchita y con un amargor insufrible en la boca, que no era más que el paso* de la verdad, infiltrada en aquellos versos que aun murmuraba inconsciente...

Y el llegar cada noche por el mismo camino hasta el hogar en sombras, con la fatal certeza de vivir una vida que no es la que quisimos...!

SOL DE MEDIODÍA

Mel et lac sub lingua tua
Cantar de Cantares.

A S. A. Gomis.

El tropel de vacas acorraladas por los bufidos y los gritos guturales del peonaje, se metía atropelladamente en los rediles.

Braulio, como un centauro, pegado al tostado nervudo que montaba, pechaba fieramente, cruzando chirlazos sobre los canijos lomos de las vacas. La hacienda, cerril y flaca, bulloneaba loca, nerviosa, ahogada por la polvareda que sus pezuñas hendían, atosigadas de la reververación* del sol.

Un viento manso ondulaba apenas, casi innotado en la espesa resolana del ambiente, lleno de tierra, que pesaba el aire, puntillándose adamantinamente, coloreada por un rayo igneo*.

Braulio seguía solo ya, empujando las pocas bestias restantes. De un pechazo casi desnucó a la última vaca, que remisa, no quería entrar en el vagón de la hacienda.

Cerró la puerta y se alzó de estribos, sacudiéndose un poco, como para aligerarse del polvo, que hecho costra en su sudor lo acorazaba negruzcamente. Sobre su nuca

descubierta, el sol, campeaba a sus anchas, tostándole impiadado.

Casi se sintió mal, ahogado, asfixiado de luz y de calor, y tuvo una sed horrible. Miró hacia lo alto buceando aire, buscando aire con el rostro amoratado, entre la cortina gris del polvo circundante. Luego, sacó de entre la bota una limeta, empinando un largo beso de caña. Al glou-glou del líquido quemando la garganta, respondió un carraspeo que limpió redondamente al gaznate, saltando en un garrajo que entre la tierra y el sol, quedó brillando como una medalla.

Un estilo pesado y somnoliento se arrastraba en el aire. las notas quejonas y llorosas, parecían venir de frente, del lado del almacén, ancha casa colonial, de verjas salientes y ladrillos al aire, sin vestigios de cal.

Al mozo se le encandilaron los ojos.

—Debe ser Flora, murmuró y miró al frente.

Junto a la izquierda ante una tercerola de priorato oficiando de batea, Flora, la hija linda del pulpero lavaba la ropa.

Braulio se acercó al tranco y se quedó mirándola, ella a su vez lo miró de soslayo y continuó lavando. Pero la canción interrumpida en el carnoso labio, le temblequeaba en el alma aún, estremeciendo el airoso cuerpo, el alto seno, que empapado de agua se dibujaba patente.

No cambiaron una palabra.

La quietud absoluta reinaba. Calcinado por el sol, el esqueleto de un sauce hacía sombra en cruz mirando para arriba, todo enteco, como hipnotizado de luz.

Dos gallinas escarbaban el suelo diligentes, revolviendo un montón de estiercol* que levantaba un soloplo* cálido, desmayante. Un chanco a dos pasos de allí resoplaba suavemente el morro, todo hundido en el barro.

Braulio con los ojos relucientes, afiebrándose de sed, apoyado en la pared la miraba lavar.

Ella estaba escurridiza de agua. Humeaba la evaporación de sus ropas envolviéndola en una gasa de vapor sutil. Tenía un aspecto extraño. Tanagra gentil, barrosa hasta los

tobillos, la piel ahí nacía bronce, suave, de tonalidades cobrizas; una media caída libertó la pantorrilla nervuda, con algo de vello, delicada empero, gloriosa!

Gotas de agua y sudor mezcladas le nimbaban de perlas el tostado rostro, todo lleno de luz como en una transfusión de sol.

De pronto se irguió molesta de la contemplación. Al acomodarse de un golpe, en jarras, onduló como una pantera las suaves curvas de su* caderas, de entre las cuales, el vientre plástico bajo la pollera mojada, semejava cálida ánfora aguitando un sumo licor.

—¿Qué quiere?, le preguntó altanera.

—Te quiero, respondió, y le temblaron las fauces, vibrando todo como una cuerda tensa. Preso de deseo miró la nuca ardorosa, brillando al sol como una moneda de cobre, y sobre ella, los rizos tupidos azabaches que se espiralizaban, húmedos de sudor...

De pronto Braulio la marcó de un beso, chupando luego aprisa, calenturiento, bestial, las gotitas de sangre que nacieron de la marca de dientes.

Flora se enroscó de placer, las faldas agitadas por el temblequeo de los muslos, ansiosos de abrirse como un camino rosado, golpetearon cual alas.

Braulio la marcó al oído con un mugido que quería ser incitación. Ella, hembra antes que todo, fingió una repulsa, saltando ágil sobre la batea. De ahí, asaeteándole con las vívidas fulgencias de sus ojazos criollos, lo miró con retintín. El significó aun* más su espera en mueca de ruego, de ansia, de afán, en plena maravillosa floración de sus instintos.

Ella sin acceder claramente, le tiró con fuerza, con toda la fuerza de su espera sensual, con el atado de ropa mojada.

Fué tan de improviso, tan veloz, tan súbita la ropa hendiendo el aire que al chocar contra las bruces de él, pareció un beso, casi mordisco, golpe y caricia, lujuria aunada a violencia, síntesis de sus únicas delicadeces sensoriales.

La ropa húmeda le semejó de fuego, tan claro subrayó la moza la brutalidad de ese arrojo de esperanza...

Así que Braulio entendió, midió de un salto la batea y presa de sus jadeos y de sus músculos tensos, se abatió ella, mansa, casi pascual, como una vaca.

Junto a la pared musgosa, entre el estiércol allí caído, un gallo inglés mestizado criollo, cesó un amago de pelea y miró inquieto aquel revolver de cosas sobre el suelo, todo dorado de sol.

Allá a lo lejos los bufidos de las vacas, cual graves sochantres de do gutural, acompasaban un piar de gorriones somnolientos.

Y sobre toda la llanura inmensa, árboles escuálidos, yerbas raídas, animales flacos, y paredes ladrillosas, parecían cesar su vida en plena embriaguez, rubia de sol...

EL VERDADERO ENCANTO DE LA BOHEMIA

*Al gran sastre calabrés Salvador Rubino,
en lírico pago de un gabán verdoso que me fió
en horas de amarga bohemia.*

La encontré en el jardín Botánico una mañana azul de primavera.

Yo tenía diez y ocho años, una cáscara romántica impermeable a la estulticia humana y un libro de Hugo bajo el brazo.

Ella tenía quince años, un trajecito a cuadros que dejaba ver sus piernas, una cartera llena de Aritméticas y Geografías, y en una mejilla, el más delicioso lunar del mundo.

¡Cuánto, cuánto la he querido!; puse en ese amor adolescente todos los sueños rimados con que envenenaba a la noche, en mi buhardilla, bajo el exiguo quinqué que alumbraba a Becquer, Darío, Shelley...

¡Cuánto, cuánto la quise!... Pero ella, ingenua deliciosa, no comprendió mi amor. ¿Acaso se lo reprocho? ¡Oh!, no. Y calla tu Shopenhauer* hosco, que si ella tenía el seso corto, poseía* en cambio, los más divinos pechos blancos ofrecidos a mi labio con tanta inconsciencia* del divino don, que un escultor futurista no hubiera hallado modelo mejor para inmortalizarse con una suprema Caridad.

Y esa mañana azul de Primavera en que la encontré, merece ser relatada para espanto de moralistas y regocijo de algún fauno, sin cédula de identidad, que pueda errar aun* por los bosques.

Esa mañana azul de Primavera el aire era más transparente y el perfume de las rosas más intenso. Por la sangre me cabrilleaba la adolescencia impulsiva y en mi retina se animaba, carnal y palpitante, la suave cadera de la Venus de Milo del estanque.

Había olor a Primavera y a Juventud; y pese a mis pantalones rotos en el trasero, tenía un lozano aspecto de Apolo de zarzuela, bajo ese almendro en flor.

Ella venía lenta por las alamedas, y como en las viejas viñetas del tiempo de Mari-Castaña que tanto entonces gustaba, su naricita de alas ligeramente abiertas, olisqueaba una flor.

Vió en mis ojos el amor juvenil, puro y sencillo, como humilde flor recién abierta ante el rocío de su belleza.

Nos reímos y nos hablamos.

Era una rabonera como yo, con la insignificante diferencia, que mientras yo huía de clase para leer bajo los árboles versos románticos, ella no concurría a la escuela, porque llena de una maravillosa incomprensión de las estupideces de la Química inorgánica, la ponían siempre en penitencia.

—Vamos a pasear juntos, le propuse.

—Como usted quiera... y echamos a andar.

—¿Cómo se llama? inquirió al rato.

—¡Oh, chiquita! Un nombre antigramatical, de portero o de coronel: Nicolás.

—Me gusta, pero... más me gustaría que se llamara Carlos.

—¡Oh, tu antojadizo deseo!, me revela que eres ya mujer. Veo tu alma cruelmente femenina que ya comienza a mutilarme. Comienzas prudentemente por el nombre, luego, no habrá ya dolor mío que te satisfaga. ¡Pero con todo, te adoro!, y renuncio al patronímico que arroja a las sombras, para lucir como un traje nuevo, ese tu bautizo

reciente, ese Carlos que así me llama ahora la fontana, el sol y tu boca perversamente roja!

Tan estupefacta quedó de mi discurso que pude besarle la boca. Le mordí los labios y al agacharme para beber su aliento, vi tras la muselina del corpiño, dos tibias palomas de pico punzó que me turbaron cual un seminarista.

Pero... ¡por sólo esta primera vez!... ¡por qué* después!

¡Oh después!... nos internamos en el bosque, llegamos al río, el sol calentaba la tierra y el runrún de los insectos era más intenso. Todo estaba desierto. Una calma profunda se adormía en el légamo verdoso de una charca que nos besaba los pies. Ella intentó cruzar por la senda efímera de una serie de piedras colocadas de través, y al hacerlo, perdió el equilibrio y cayó de improviso sobre mí, que ajeno a las leyes de la gravitación caí también...

Y ahí sobre el suelo húmedo, chafando con nuestros cuerpos la hierba, me inicié en el culto de Afrodita.

Ella no. Luego me lo dijo y por cierto que no sufrí de celos retrospectivos, hacía quince días que el portero de su casa, magnífico tipo de gallego semental, la había tumbado sobre un sofá.

Pero pese al gallego y a su iniciación, yo sufrí un deslumbramiento y me pareció una misa, en que místico amoroso, comulgué su tibia carne triunfal.

.....

Muchas veces nos amamos aún. Encubriendo nuestro salvajismo sensual de seres jóvenes, tras un romanticismo cursi que,,* yo pecador, intenté inhalarle poco a poco, nos amamos a la luz de la luna, en los atrios de las iglesias, en el fondo de las callejas, veladas y oscuras donde nos ladraban los perros y entre los maderos de los muelles, donde se me apretaba amorosa, asustada del chirrido de las ratas.

Sucio y melenudo, huído del hogar, viviendo a salto de mata, y con la culera del pantalón cada vez más rota, me sentía hermoso, potente y bueno, e iba hacia mi amada en

un inconsciente plagio del Cantar de los Cantares, «erguido como un cedro joven».

Ella también me amó un poco, se entregaba con pasión y no rehusóme nunca el divino alimento de su carne.

¡Cuánto, cuánto la quise!

Un día, allá en la buhardilla que me prestó un sastre amigo para la cita, no vino. Al otro día tampoco y tampoco al otro.

El 14 de Mayo de 1918, cuando ya las tardes eran frías, y la brisa sutil se me colaba entre los andrajos, haciéndoles flamear, oriflama de miseria... la encontré en una esquina con un señor gordo, buen tipo, que me tendió sonriente la mano.

—Carlos... (ella seguía llamándome Carlos) un amigo, y luego señalando al fariseo, mi novio.

Quedé boquiabierto, mirándola irse por la calleja, siempre hermosa, con ese su tono ambarino de fruta madura en la tez, y un novísimo modo de ondular las caderas que me maravilló.

Días después recibí una carta con una letra indescifrabable, algo así como sendos pentagramas* de música, llenos de una arbitraria disposición de las c, las s y las z.

Me decía que se casaba con un hombre rico y viejo, para poder ser mi amante con toda libertad.

Y desentrañé de su endiablada ortografía una sentencia, que ahora a la vuelta de los años admiro por su profundidad.

«Nuestro amor para vivir eterno ha menester precaberse de los resfríos; si continuamos amándonos a la luz de la luna nos ahuyentará el Otoño, y donde* entonces refugiar nuestro amor? No resistirá al tercer constipado».

Como se ve, era una muchacha esencialmente práctica; mis inhalaciones de romanticismo fueron ineficaces.

Deliciosa bestezuela de labios rojos y maravillosos senos blancos!

Pero yo entonces tenía diez y ocho años, una cáscara romántica impermeable a la estulticia humana y un libro de Hugo bajo el brazo.

Condimentaba todo ese desasusado* lirismo un infinito orgullo de artista, fruto de la ingenuidad de mis años mozos. Por ello, ofendido de su proposición no le contesté. Y no la vi más.

.....

Ahora la vida me ha limado las aristas antiacadémicas y sólo agito de vez en cuando, un lamentable muñón de ala, desde el fondo del sucio almacén donde trabajo.

Y tiene mi alma, mi pobre y aterida alma de pájaro sin alas, toda la tristeza del mundo.

Y cuando cruzo las callejas al anochecer, rumbo al yantar, pesa en mi cerviz el fardo de angustia que comenta el poeta, «todo lo que pudimos ser y que no fuimos».

Y se revuelve en la ceniza de las muertas ilusiones la genialidad zurda de los desoladamente humanos héroes de Baroja, que cubre el sudario del fracaso, amortajando el lírico vuelo de la Quimera.

Y por todo esto que es muy triste, y por todo lo triste que es esta mi vida triste, absurda y cruel, queda un ventanuco abierto al cielo azul del recuerdo, donde columbro la gracil* silueta de la bestiezueta rubia, de senos cual descascarada almendra, que fueron míos! en los atrios de las iglesias, en el fondo de las callejas veladas y oscuras donde nos ladraban los perros y entre los maderos de los muelles donde se me apretaba amorosa, asustada del chirrido de las ratas.

GLOSA DE UN AMOR QUE NO TUVE

La vi en la calle Florida el 24 de Junio de 1922. Era menuda y frágil como un vaso de Sajonia. Los ojos negros ni me miraron. ¡Oh! el dolor de no ser mirado por ella! El seno, breve, se marcaba nítidamente bajo su peto perlado.

La adoré. La adoré tres cuabras. Tres cuabras que me se mejaron tres pasos o tres eternidades; mi vista, turbia de sensualidad estética, seguía el ligero ondular de sus caderas...

¿De qué lejano atavismo me viene, ¡gran Dios!, la obsesión* de la carnal belleza de la venus* de Milo andando? Porque esa desconocida era para mí la Venus de Milo. Como digo, la seguí tres cuabras, tres cuabras que me se mejaron tres pasos o tres eternidades.

—Hete aquí iluso amigo, le decía mi yo crítico a mi otro yo fantasista y tarambana, hete aquí una dulce mujercita que nunca abrirá sus muslos en tu sofá. Que nunca te besará en la boca y en el alma. Que no te mirará siquiera. ¿La vistes bien?; mira el rico tapado de pieles, que cubre su delicado torso. Repara las suaves medias de seda, lamiendo sus finas pantorrillas de Diana porteña. Date cuenta caro amigo, que sólo con lo que le cuestan esos zapatos dorados te sobraría para hacerte encuadernar, en piel de burgués, toda tu descabalada colección completa de las obras de Anatole France. Que, con sólo la cuarta parte de lo que vale su camisa de encaje, podrías editar tus versos inéditos y quedar inmortal. ¡Bah!, amigo caro, no la deseas. Odiala. Pertenece a una clase alta, muy lejos de la tuya; es de otro

mundo, tendrá una lujosa casa en la Avenida Alvear, y su portero, si es que vas a verla, te echará a patadas porque no le presentas una tarjeta de visita, llena de nombres eufónicamente históricos: de gobernadores, de héroes, de generales o simplemente de abuelos amillonados con la carne de tasajo. Odiala. Es una aristócrata. Ten el valor de tus convicciones. No sacrifiques, en mérito a un vago idealismo estético, tu revolucionarismo sentimental. Odiala. Y en vez de quedar embobado mirando su plástico vientre bajo la pollera teilleur, piensa en la bomba de dinamita que algún día podrá acercártela, sin sedas ni joyas, con sólo una elegante y sintética hoja de parra, como mamá Eva.

—Pero, le protestó mi yo fantaseador a mi otro yo crítico, a esa mujer en cambio de su boato, de su riqueza, de su oropel, le puedo dar amor... Amor, divino amor, como nunca lo soñara, como nunca lo gustara... Amor de amores, cálido como un simún, rezumando la dulce lascivia de mi raza mediterránea, suave ora, como el encanto azul de una noche, multiplicada en la plata de las estrellas nadando en la infinita duzura* de sus pupilas brunas... Amor de los amores, cantando por mi labio, el poema milenario del instinto triunfante... Divino amor, fluyente a su vera, en el madrigal florido de mi concepto lírico loando a su belleza... Divino amor llenándome todo, en una transfusión de oferencia, en la que palpita, junto al éxtasis místico de la de Avilés, el iluso ensueño de mi magro y enjuto señor don Quijote de la Mancha... Amor divino, amor que...

—¡Bah! Me interrumpió mi yo crítico, ¡literatura!, ¡literatura!!..* Pero mírate en el espejo de esa vidriera, ¡oh, zote ventiañesco!, mírate de cuerpo entero, feto ruín de una época utilitarista, muestra cómica de una generación escapada milagrosamente del Taigeto. ¡Ríete de tu cara, de ti mismo, en una postrer suicida sabiduría! ¿Qué?... ¿No te ves? ¿No ves tu sombrero informe, de diez pesos y del año pasado, apabullado por el tiempo, por el polvo y por el sol? ¿No te ves el traje descolorido, falsamente a la moda, que te hace hombreras en el pecho y te da un prestado vientre de capitalista sobre tus pecadores flancos? ¿No es baldón

de ignominia la ridiculez de tu único orgullo de pobre, esa cadena de reloj, de doublé, que ostentas sobre tu chaleco como aherrojando la lírica vaciedad de tu estómago?

—Sí, tienes razón, pero yo...

—¿Pero qué?

—Yo le hablaré a esa mujer, pondré en mi frase tal calor de humanidad, tal ansia de la locura de mi ensueño, tal deseo de la perfumada euritmia de sus senos cándidos, que ella se estremecerá* como al contacto de un fauno, y quizá me mire, ¡y quizá me ame!...

Diciendo esto, me acerqué a la mujer sin sentir el teósofo puntapié que le daba a mi locura, mi yo crítico, en el campo de Agramante de mi turbia y lejana razón.

Me acerqué a la mujer y le grité al oído, a las dos de la tarde, entre doce mil peatones que llenaban la confluencia de las calles Florida y Sarmiento:

—¿Quiere usted amor? ¿Digo, el amor?

No supe su respuesta. No la sabré nunca. Sólo recuerdo, como una visión pálida de borracho, un escozor en la nuca.

Según mi hermano me refirió luego, a esa mujer acompañábalas su marido, un robusto mozo, hecho a la gimnasia de los mazazos en la cerviz, en los clubs atléticos que llenaban la cuarta parte de su vacía e inútil existencia de adinerado.

El me tiró al suelo de un robusto soplamos y yo contento aún, me entregó a un vigilante... Y en medio del asombro de mi familia que me creía casto y honesto, tuve que pagar los cincuenta reglamentarios pesos de multa, para callar el mamótreto* que se me levantaba, acusado de faltar al respeto a una mujer en la vía pública.

.....

Ahora, calmada mi locura de rendir a aquella mujer por la influencia estética de mis musicadas, poéticas, aladas frases de romántico, me dedico a hacer gimnasia en la azotea de mi casa.

Y sé con certeza, que cuando llegue a tener la fuerza del campeón del mundo, esa mujer será mía, pese a las multas y a la literatura, porque les romperé los morros a todos los contemporáneos que se opongan.

ÍNDICE

| | |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| NICOLÁS OLIVARI | 5 |
| SU OBRA..... | 6 |
| “Joven, insolente y con flequillo”: la narrativa de Nicolás Olivari, <i>por Ana Ojeda</i> | 7 |
| Bibliografía..... | 22 |
| NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN..... | 25 |
| El inevitable prólogo..... | 29 |
| Revelación | 33 |
| Un festín en el bajo Belgrano..... | 43 |
| La caída..... | 51 |
| El descenso. | 57 |
| La bien plantada..... | 67 |
| Resurrección imposible..... | 73 |
| Sol de mediodía..... | 81 |
| El verdadero encanto de la bohemia..... | 85 |
| Glosa de un amor que no tuve..... | 91 |

Se terminó de imprimir en Bibliográfica de Voros S. A.,
Buccarelli 1160 - Villa Urquiza - Ciudad de Buenos Aires,
en agosto de 2008.

